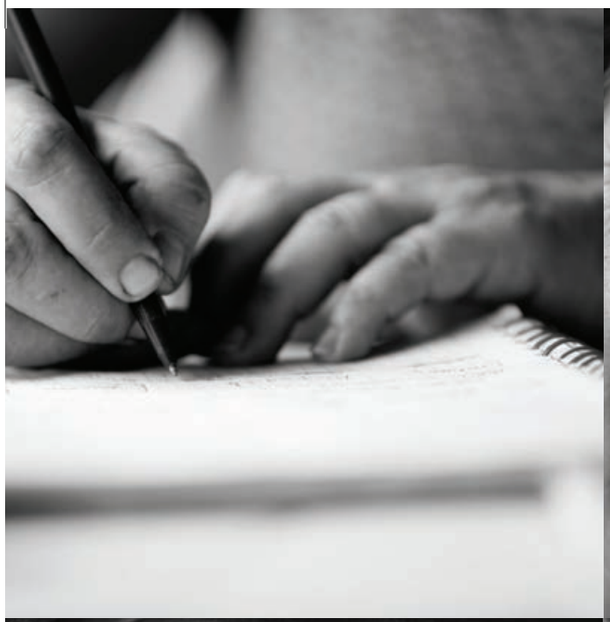
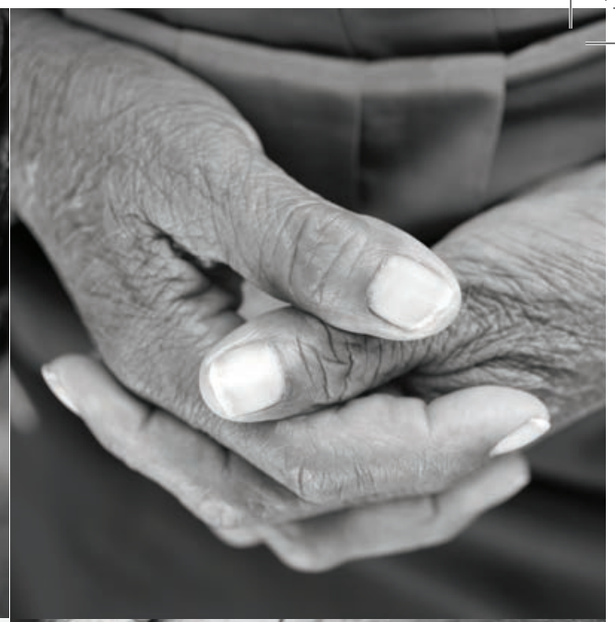
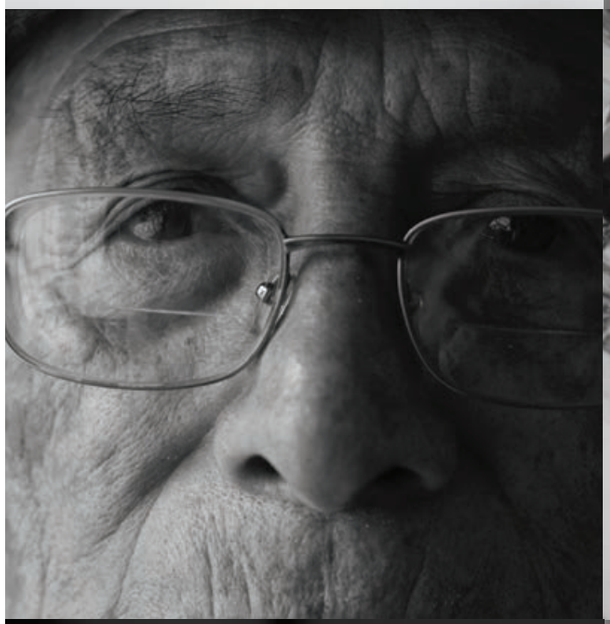
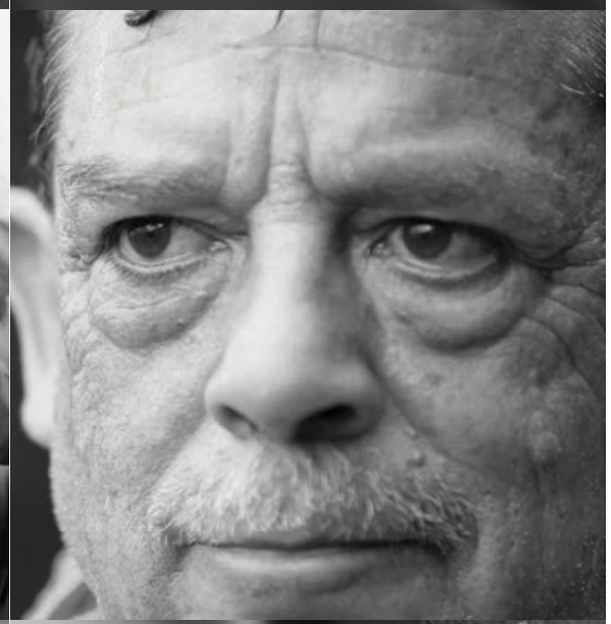
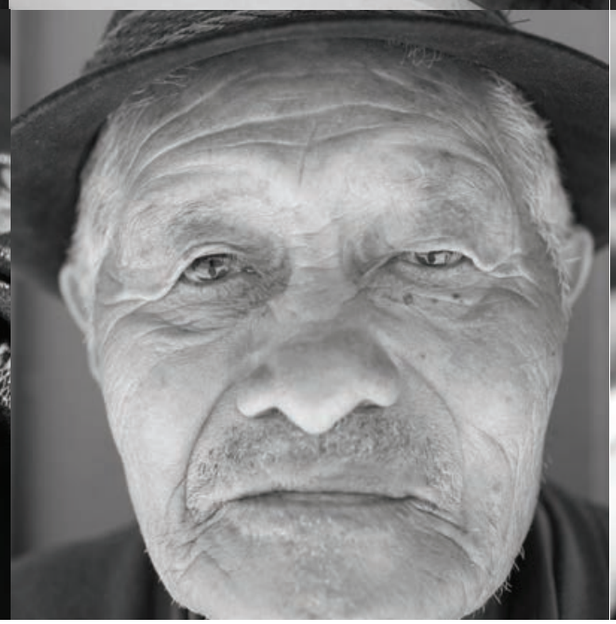
Consejo de Participación
Ciudadana y Control Social
Ecuador Mamallaktapak Runa Tantanakuymanta
Ñawinchinamantapash Hatun Tantanakuy
Uunt Iruntrar,
Aents Kawen Takatmainia iímia

Historias
de participación ciudadana







Editorial

Para el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social, CPCCS, es grato presentar este libro como una invitación a visibilizar a la PARTICIPACIÓN CIUDADANA como un proceso histórico que impulsa las transformaciones sociales que hoy vive nuestro país.

La Constitución de 2008, de la que nace el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social como parte de la Función de Transparencia y Control Social, se nutre y fortalece a partir de todas estas historias, de las que aquí contamos y de muchas otras. Por ello, hemos considerado que contar las vivencias de lucha y organización de estos hombres y mujeres que decidieron crear con sus manos un presente y futuro en dignidad, no es solamente un acto elemental de justicia y de reconocimiento a la memoria que finalmente nos ha hecho lo que ahora somos, sino que sus voces, sin duda, son capaces de revelar la fuerza transformadora que habita en cada ser humano.

De ahí que a los ciudadanos y ciudadanas que hacemos este nuevo Ecuador nos corresponde hoy impulsar y fomentar el ejercicio de todos los derechos en la construcción de un Estado verdaderamente participativo. Este avance histórico es una oportunidad para que los ecuatorianos y las ecuatorianas asumamos nuestro papel protagónico en los procesos que promueven los mecanismos de rendición de cuentas, de evaluación y control social al ejercicio del poder de las autoridades, a participar de los presupuestos de los Gobiernos Autónomos Descentralizados, a exigir servicios responsables y de calidad por parte de las instituciones del Estado; es decir, a ser parte de las decisiones que afectan a nuestra comunidad, asumiéndonos como el primer fiscalizador del poder público.

Las historias aquí contadas son recogidas en varias provincias del país: Guayas, Santa Elena, Manabí, Chimborazo, Esmeraldas, Sucumbíos, Pichincha y Carchi, como parte de una muestra de procesos sociales de organización y participación. Son historias que ratifican que nuestra democracia, y nuestro proceso de construcción del Sumak Kawsay, solamente es posible con participación; y ni la democracia ni la participación son – ni significan algo – fuera de lo humano, de las mujeres y hombres que las vuelven ciertas, vivas y urgentes.

Entre estas historias, conocimos la experiencia de don Rubén Rico quien, al ver los abusos cometidos en la alcaldía de su cantón, ejerció su derecho al control social, reunió la documentación para pedir la revocatoria del mandato del alcalde y gestionó todo el proceso legal.

"Si no hay acción, simplemente no hay nada. Y la acción empieza desde los actos más sencillos, como tener los ojos bien abiertos, hasta otros más temerarios –urdidos gracias a una gran estrategia y conocimientos de lo jurídico y a una decisión de acero – como lograr la revocatoria del mandato de un alcalde corrupto perennizado en el poder, que no tenía ganas de abdicar a su estatus de señor feudal."

En Esmeraldas, Pichincha y Manabí, nos contaron historias de fuerza y organización para el control y vigilancia de lo público: la conformación de los comités de usuarias y usuarios de los servicios de salud. Estos comités – con presencia en casi todas las provincias del país – y las campesinas y los campesinos que organizaron el Seguro Social Campesino – aquí contado desde la vivencia de las Comunidades de Bejuco de Hacha en Chone y Pasadero en Sucre, provincia de Manabí – lograron mejorar el servicio de salud, equiparon los dispensarios y lograron el beneficio de no tener que movilizarse a las grandes ciudades para ser atendidas y atendidos.

"Sin embargo, don Ramón sabe que aún faltan cosas por lograr: que los dispensarios perduren en el tiempo, que haya una mejor dotación de medicinas, que haya médicos permanentemente. Él y todo Bejuco de Hacha saben que el Gobierno ya conoce la situación y por ello seguirán recordándosela cuantas veces sean necesarias."

También conocimos cómo, mediante las asambleas y el trabajo comunitario, la organización Atucucho, nacida en 1990 a partir de la

necesidad de legalizar las tierras en las que se habían asentado, ahora tienen un barrio periférico en Quito con la cobertura de servicios básicos y un 70% con escrituras.

En Pichincha, los presidentes de cuatro juntas parroquiales decidieron unirse, al darse cuenta de que sus presupuestos individuales no eran suficientes para lograr sus objetivos, dando paso a la conformación de una mancomunidad para realizar proyectos, tomar decisiones y sociabilizar su gestión mediante las asambleas.

"Soñamos con una participación empoderada de la gente; soñamos con un barrio que cuente con un juez de paz, que se haga cargo de las situaciones y la problemática de aquí. Soñamos con un presupuesto que se pueda asignar a este gobierno barrial, que invierta en las obras que verdaderamente necesitamos; soñamos con una agrupación de nuevos líderes comunitarios. Soñamos con la participación de los niños, que ellos sean tomados en cuenta en las decisiones"

En Sucumbíos, varias organizaciones constituyeron en 1987 la Federación de Mujeres, quienes, desde siempre, protagonizaron luchas populares para obtener la ejecución de obras de infraestructura y servicios básicos para sus comunidades, y ahora trabajan para prevenir y tratar temas relacionados con la violencia de género.

En Chimborazo nos contaron de la conformación de una cooperativa, y su lucha por acceder a una vivienda digna. Además escuchamos los testimonios que relatan las condiciones de violencia y abuso en las que vivían las y los indígenas, y cómo reivindicaron sus derechos inspirados en los aprendizajes guiados por Monseñor Leonidas Proaño.

En Mapasingue, Guayaquil, supimos la historia de unas mujeres que lideraron la organización en su barrio, logrando que se tape un canal que en el invierno se desbordaba causando enfermedad y muerte.

"Parir mujeres que ya no tengan temor de hablar, ni ser calladas…
Estar atentos y vigilantes para que en las escuelas y colegios no falte una educación de calidad y dignidad…
Enseñar a los más jóvenes el valor del compromiso y el orgullo de sus orígenes…
Hacer escuchar su voz desde la oficina de los alcaldes hasta el despacho del Palacio de Carondelet…"

En Esmeraldas, la Federación de Mujeres realiza la veeduría y control social a la intervención por parte del Estado a la Universidad Luis Vargas Torres. Su trabajo es evaluar el proceso y hacer recomendaciones a los responsables, y para esto se reúnen en mesas de diálogo.

"Lo que yo he hecho para que Esmeraldas cambie, me ha llenado como mujer, como madre; uno no se lleva riqueza, no se lleva oro, lo que te llevas en tu corazón y en tu conciencia es que diste algo para que tu comunidad, tu ciudad, tu país cambien. Cuando yo veo a los niños estudiando de otra manera, yo digo, 'yo estuve ahí, yo peleé por eso y soy parte de ese logro'".

La Federación de Comunas de Santa Elena consiguió el alcantarillado para su población, pero más aún para una comunidad que está viviendo del turismo. Además de obtener la dotación de infraestructura sanitaria, se ha conseguido que se capacite a las y los comuneros en el tema turístico, a fin de que puedan prestar un buen servicio y obtener mejores ingresos para sus familias.

"Pero así mismo es que se hace la lucha pues, luchando, no ve lo que dice el Subcomandante Marcos: 'la lucha es como un círculo, se puede empezar en cualquier punto pero nunca termina'. Y nosotros no íbamos a pedir nuestros derechos de rodillas, teníamos que partir de la igualdad porque los derechos no se negocian, se reclaman"

Les invitamos a vivir este libro con todos sus sentidos, a sumergirse en cada una de las historias y a escuchar atentamente la vivencia profunda de cada voz. Como dice doña Victoria Campitelli, del barrio Mapasingue: "la historia no sólo la hacen los héroes sino también los moradores". Es la decisión de ejercer plenamente los derechos la que está permitiendo lograr la construcción del 'Ecuador que queremos'.

Fernando Cedeño Rivadeneira
Presidente del Consejo de Participación Ciudadana y Control Social

Indice

1. ¿Me cuentas un cuento de Malchinguí?.....Luis Monteros.

2. Sol, mar y comunidad……..…… Miguel Chávez.

3. El comité de la esperanza……..……..Luis Monteros.

4. Montúfar se escribe con M de minga…….……Miguel Chávez.

5. Soñar a la sombra de los eucaliptos…….……..Luis Monteros.

6. Especial Cayambe, todas las voces, todas
   Versión 1 .....Luis Monteros.
   Versión 2 .....Miguel Chávez.

7. El poder de los pobres en Mapasingue…….....Luis Monteros.

8. Legado Monseñor Leonidas Proaño
   (Riobamba, Totoras, Achupallas)
   Nacidos para ser Dignos y Libres……..... Miguel Chávez.

9. Una salud tan fuerte como el Bejuco…….……Miguel Chávez.

10. Los sismos de la organización social……..Luis Monteros.

11. Floreciendo en comunidad ……..…Miguel Chávez.

¿ME CUENTAS UN CUENTO DE MALCHINGUÍ?

"Abuelita, cuéntame ¿cómo era Malchinguí cuando vos eras chiquita?", pregunta Antonio ni bien llega al pie del árbol de aguacate, que da sombra a doña Berta.

La anciana lo recibe en su regazo, con un abrazo que parece haber esperado toda la vida, aunque en verdad no se han visto desde el día anterior. Su pelo lacio, salpimentado de años y trenzado hasta la mitad de la espalda, se descubre íntegro, cuando Antonio aprieta a la abuela contra su pecho y el sombrero cae al prado, rueda, hace un círculo y va a parar al pie de don Camilo, que los mira con fascinación.

"¡Mijo lindo"!, responde ella y besa la frente del niño que, según ella, es igualito a don Camilo, su compañero de vida y motor, quien empuja la silla de ruedas que sirve a doña Berta para llegar a todo lado, desde hace tres años.

"Las mujeres siempre han estado adelante de nosotros", justificó alguna vez el anciano bajo ese mismo árbol de ramas abiertas. *"En el caso de tu abuela, porque era la que lideraba las mingas, las protestas, las caminatas hasta la ciudad para conseguir obras. Ella siempre iba adelante de todos… bien corajuda, era*", contaba con la mirada puesta en el pasado. *"Ni siquiera ahora, que ya no puede caminar ha dejado de ir adelante, no ves"*, y empujaba la silla.

A lo lejos, se dibuja la figura de Elena que se acerca con dos personas a compartir ese momento que une a la comunidad cada domingo tarde. Para ellos y ellas es una oportunidad de encontrarse a través de esas historias que cada uno relata bajo el aguacatero. Pronto llegarán otros vecinos, niños y niñas con sus abuelos, con sus padres, madres y hermanos.

La abuela frunce el ceño y achina la mirada, como si halara del fondo de su cabeza un recuerdo perdido bajo esos filamentos blancos que componen su cabellera.

"Antes aquí no había nada. La carretera pasaba por allá, los caminos eran de tierra y había que cruzar esa colina", señala con el brazo y el índice en lontananza. *"Para traer el agua, era una romería que hacíamos,*

con baldes y carretillas, pero no tocaba más, sino, ¿cómo cocinábamos los granos para la comidita, con qué aseábamos a los guaguas o dábamos de beber a las vaquitas?, no ves hijito que sin agua no se puede vivir", explica, mientras el nieto estira el cuello para ver a la distancia.

"Bien duro era vivir aquí, más que ahora", interviene el abuelo, que ha recogido el sombrero de su esposa, le sacude el polvo y lo coloca con suavidad en la cabeza de doña Berta. Ella asiente con una sonrisa y él entiende que es un 'gracias'. *"Yo llevaba los baldes en una mulita, salía tempranito cuando hasta el gallo dormía; todos los días hacíamos ese viaje. Al principio íbamos ambos pero ya después hacía el viaje yo solo, mientras tu abuela y otros vecinos iban donde las autoridades a insistir en que entubaran el agua hasta el caserío".*

El nieto los mira con asombro, intenta imaginarlos en esas andanzas pero solo consigue verlos en su cabeza en blanco y negro, imbuido por alguna foto familiar. Cuando logra imaginarlos a colores, no puede evitar verlos convertidos en ancianos.

Elena y sus acompañantes han llegado sin hacerse notar; ella los mira con una sonrisa a medias arrimada al tronco rugoso del aguacatero. Si tu abuela era bien revolucionaria, interrumpe, *"hasta ahora, ahí donde la ves, sentadita y calmadita, es bien revoltosa. Si no, pregúntale cómo consiguieron que la comunidad tuviera agua potable, electricidad, alcantarillado"*, inquiere.

"Es que si no nos organizábamos, mijito, seguiríamos viviendo en la miseria", advierte la anciana y saluda con un gesto a los dos visitantes".

"Ellos son investigadores sociales interrumpe Elena y los presenta, y a través del Consejo de Participación me han pedido conocer este espacio y conversar un poco sobre la historia de Malchinguí", completa a la vez que la pareja foránea se acerca y saluda.

"Nos han contado que esta comunidad tiene una larga historia de participación y organización social", comienza él. "Elena dice que usted es una de sus lideresas históricas…"

"Aquí todos hemos sido líderes en algún momento", señala Berta, "porque hemos trabajado en minga y cada cosa que hemos conseguido ha sido gracias al esfuerzo y trabajo de todos".

"En las comunidades de la Serranía", explica Elena a la pareja de visitantes, "la minga está bien enraizada, es parte de la cultura; mire, por ejemplo, esta mancomunidad que hemos formado entre las parroquias de Malchinguí, Tupigachi, Tocachi y La Esperanza, que es la primera experiencia de estas en el país, es una minga, una organización con liderazgos colectivos".

"Más abajo, en la comunidad, interviene ella, con claro acento extranjero", 2nos dijeron que hace cinco años la parroquia estaba quebrada y que esa crisis propició la creación de la mancomunidad…"

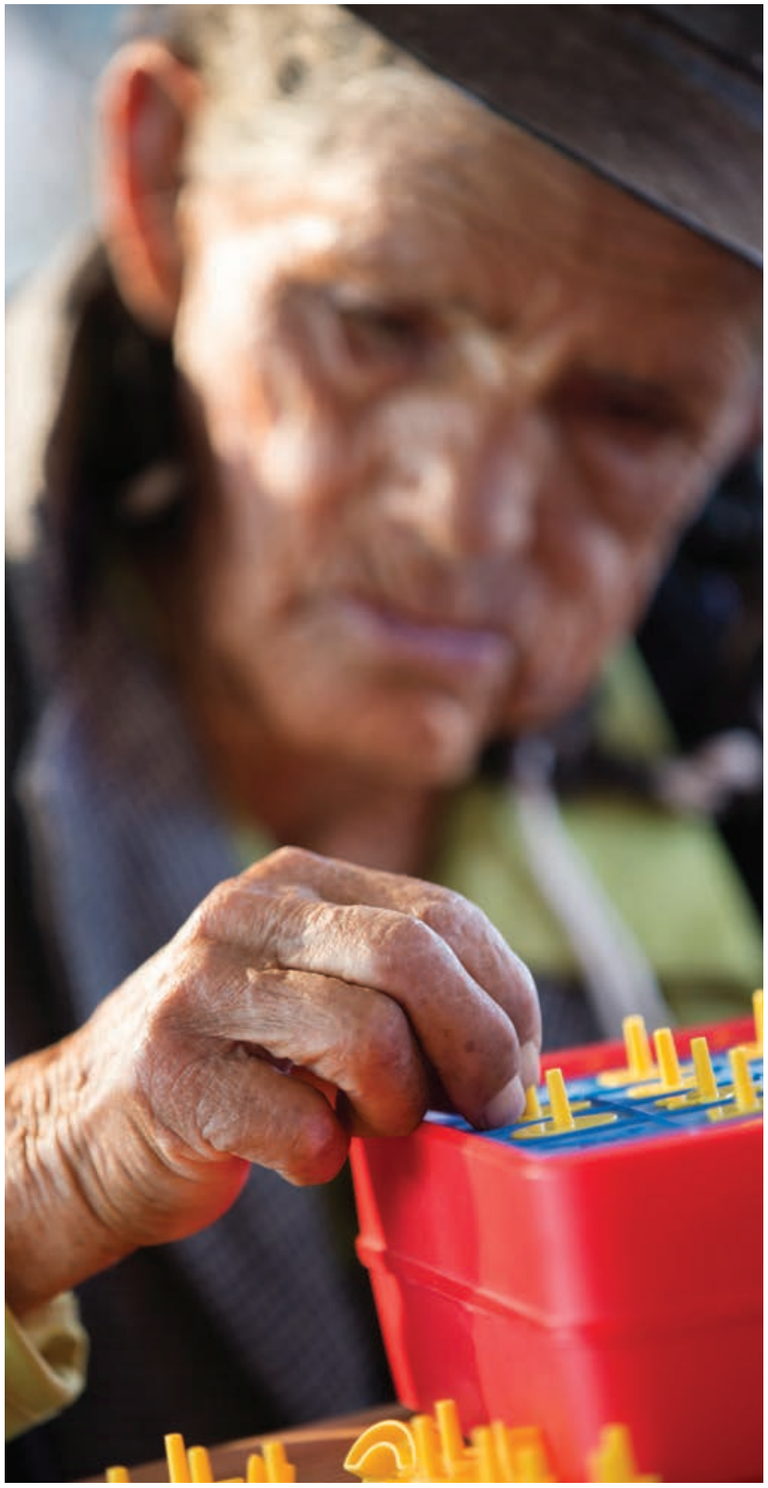
"En 2009, la junta parroquial tenía solo 26 dólares y muchos problemas pendientes", comenta Elena. *"Y como las otras juntas tenían la misma situación, nos unimos. Ahí se hicieron los primeros planes de desarrollo y ordenamiento territorial, todo entre todos".*

"Bien interesante esa propuesta de la minga", acota el otro y apunta en una agenda.

"Cuénteles, doña Berta, ¿cómo es esa frase con la que los vecinos se organizaban desde sus tiempos?", incita Elena.

La anciana hace un ademán de incorporarse, se yergue desde el tronco, levanta el brazo derecho y dice con cierta solemnidad: *"Cinco dedos tiene la mano, los cinco dedos juntos hacen un puño y este puño genera fuerza y energía para trabajar"*, mientras abre y cierra la mano en alto.

A un lado, Antonio mira a su abuela orgulloso, se levanta y pide la palabra: *"si todos trabajamos en equipo somos como un solo puño, tan fuerte que no se puede abrir y representa la fuerza y entrega que dedicamos todos los días a nuestra parroquia"*.



"¡Digno nieto de su abuela!", señala don Camilo con emoción desbordada.

"Así conseguimos las obras para la parroquia, desde que yo tengo memoria", remata doña Berta.

"Qué curioso que nieto y abuela hablen de lo mismo y con las mismas palabras", anota él con ceño fruncido.

"Eso es producto del enfoque que manejamos en el proyecto SE CUIDA, una de las experiencias más importantes que hemos desarrollado", dice Elena.

"¿Y de qué se trata?"

"Es un proyecto enfocado a los adultos mayores de la comunidad, en donde reciben alimentación, asistencia médica, fisioterapia, terapia ocupacional y", hace hincapié, *"se hace una transferencia intergeneracional y una sistematización de sus experiencias en tres temas: agricultura tradicional, en medicina natural y cuentos, leyendas y juegos"*.

"A mí me gusta mucho eso último que dijo, lo de los cuentos y leyendas, opina Antonio, porque escuchamos a los abuelos y contamos historias".

"¿Y cómo lo hacen?", insiste ella.

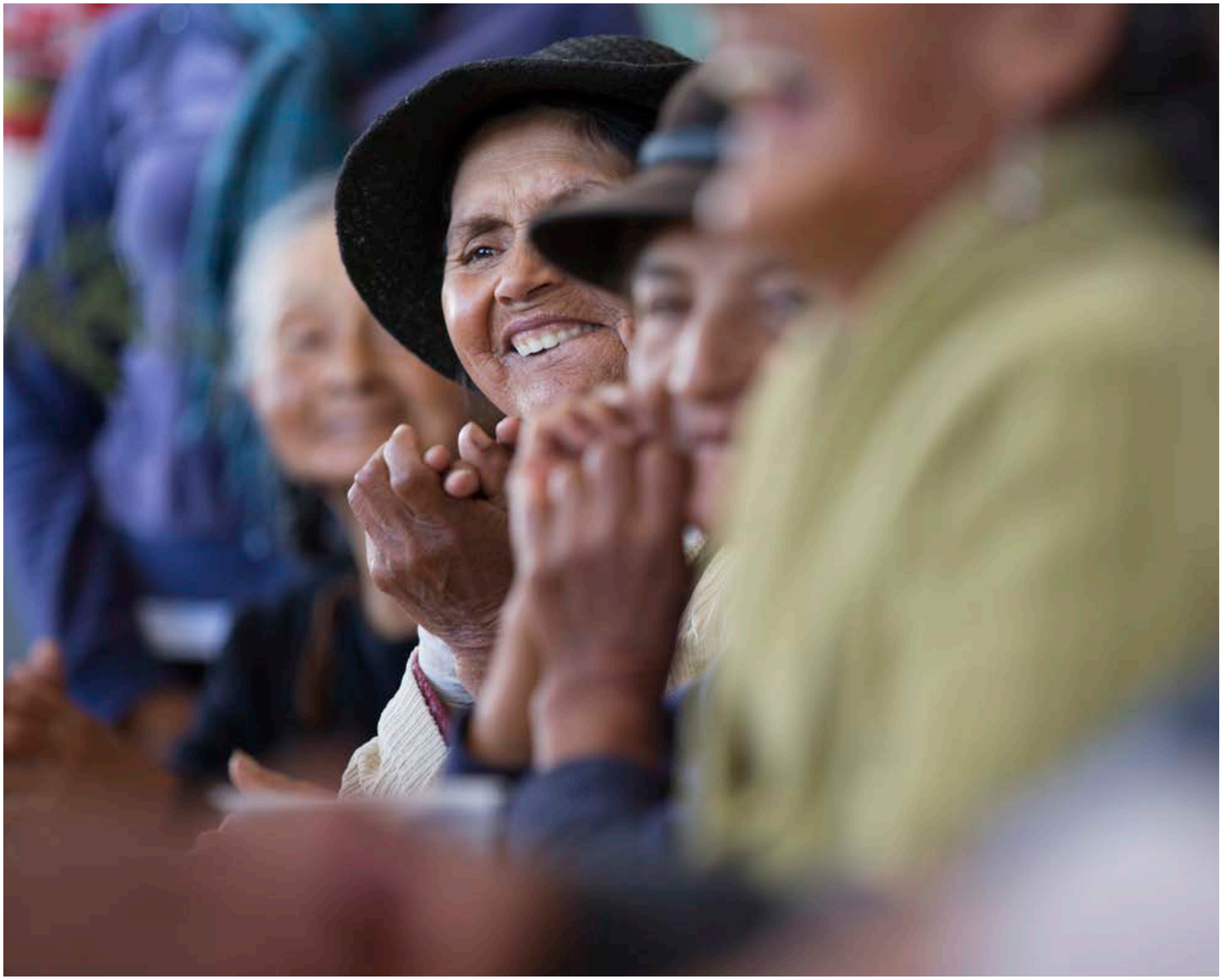
"Los abuelitos se reúnen con niños y jóvenes a contar historias. Los jóvenes toman nota para que nada se olvide y después los niños, en las fiestas de parroquialización de Malchinguí, suben al escenario y las cuentan a todos", explica Elena.

"Es una linda forma de conocernos entre todos y compartir recuerdos y vivencias", asegura doña Berta.

"¡Qué interesante!, hay mucha participación de los adultos mayores en la vida de la comunidad", comenta ella.

"Aquí los mayores tenemos voz y voto en todo", afirma don Camilo, *"si tenemos un consejo de ancianos en donde nos reunimos para aconsejar en las decisiones de la parroquia, además, nos dan mucho espacio en las asambleas, no ve que si no se sabe cómo se ha llegado hasta acá, cómo se puede seguir caminando"*.

"¡Brillante estrategia!", exclama él, siempre haciendo anotaciones.



"Sentimos la obligación de recompensar el esfuerzo de ellos, porque si tenemos agua potable, luz eléctrica, alcantarillado, vías adoquinadas, veredas y bordillos, es por el trabajo y el esfuerzo que hicieron esos líderes y lideresas anteriormente", justifica Elena, *"mire"*, complementa juntando las manos, *"este es un camino largo, con procesos que duran muchos años, y así como lo hicieron ellos antes, puede que quizá ahora nosotros no logremos conseguir lo que nos hemos propuesto, pero vamos creando incidencia para que, en el futuro, otras personas puedan ejercer con mayor facilidad esos derechos"*.

"Pero cuando ustedes llegaron, mi abuelita me estaba contando sobre cómo consiguieron el agua para la comunidad y no ha terminado su historia", interrumpe Antonio.

Los visitantes se miran, Elena esboza una sonrisa y los invita a sentarse alrededor de la anciana para escucharla concluir su historia, al pie de ese aguacatero que lleva ahí tantos años dando sombra a la comunidad. (LMA)

SOL, MAR Y COMUNIDAD

Había una vez una comuna playera ubicada en la Ruta del Sol, un paraíso sobre la Tierra. Hasta que en 2010 fue declarado en emergencia. El paraíso carecía de alcantarillado y las enfermedades provocadas por las condiciones de insalubridad -baterías sanitarias al borde del colapso- por poco lo convirtieron en un verdadero infierno. No fueron fuerzas sobrenaturales ni un milagro lo que salvó a la comuna de Atravesado (Libertador Simón Bolívar) sino dos palabras imbatibles y del mundo real: participación ciudadana.

Resulta tentador hablar de playa y referirnos de inmediato a una caminata por la arena o a una zambullida entre las olas. ¿Qué balneario de nuestro Ecuador no se presta para eso? No obstante, es distinta la realidad del turista en comparación de la de aquel que vive en una comunidad ancestral que, pese a su importancia estratégica para el turismo, no había logrado gozar de los servicios básicos y por tanto, se había sentido olvidada. Ese fue el inicio de la lucha de las comunas santaelenenses que hoy integran la federación: se organizaron y le hicieron saber al GAD (Gobierno Autónomo Descentralizado) que no querían más obras hasta que implementaran prioritariamente el alcantarillado. Les tomó alrededor de ocho años de lucha. Finalmente lo lograron.

A partir de ahí, vinieron los demás desafíos.

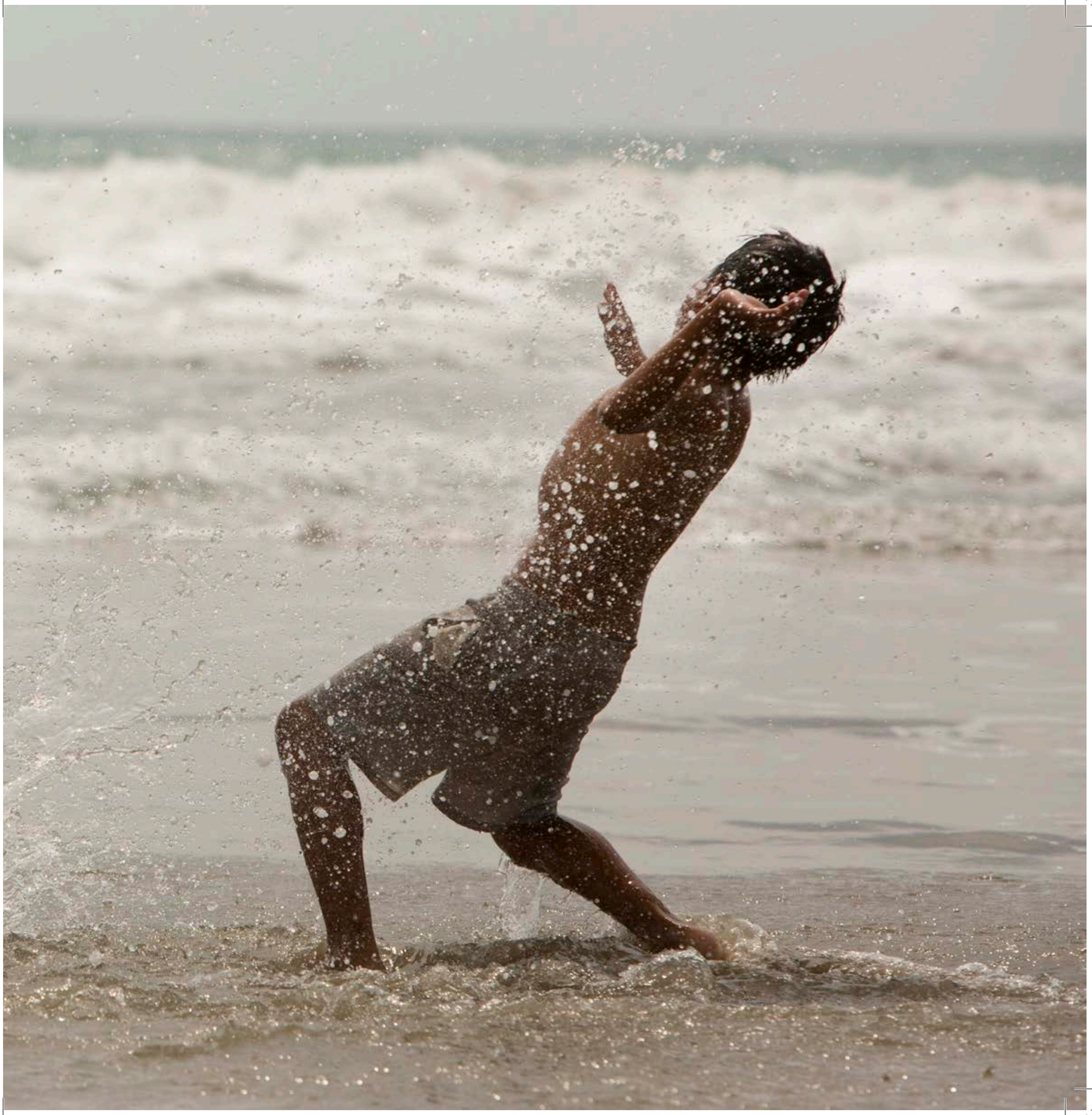
Uno de los principales problemas de las comunas ha sido lo relacionado lo territorial. Por un lado, debido a situaciones limítrofes aún no resueltas. Y por el otro, por personas externas (tanto naturales como jurídicas) que pretenden apoderarse de estos territorios habitados por los descendientes directos de los huancavilcas. Para ello, cuenta Smeling Suárez Baque, presidente de la Federación de Comunas de la Provincia de Santa Elena, han conseguido, a través del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (MAGAP), un equipo jurídico para que los asesore. *"Quien se mete con una comuna, se mete con las setenta"*, sentencia. Sin embargo la lucha no ha sido fácil y el problema es complejo. Las escrituras datan de 1982 cuando esa Cartera de Estado se las entregó a los comuneros. Pero existen documentos de propiedad con fecha anterior, a nombre de personas o compañías ajenas a la zona, por cientos de hectáreas. Según Suárez, existen muchas escrituras contradictorias en las que se reconoce una misma tierra a dos dueños. Esta lucha aún tiene para largo, pero eso no desanima a los comuneros: hay tantas otras cosas más por hacer y que tampoco se las puede descuidar.

Aunque desde hace años algunas comunas peninsulares ya venían practicando una forma de trabajo organizado, es ahora a través de la participación ciudadana que han logrado articularse mucho mejor. Antes de que se gestionen las obras se le consulta a la comunidad (la máxima autoridad) y esta aprueba. De este modo, los dirigentes llevan ante las autoridades las resoluciones de las comunidades. Y las autoridades no toman una sola decisión clave sin antes consultar con los comuneros. *"Si no hubiésemos contado con la participación ciudadana, no habríamos llegado a ninguna parte: estaríamos como hace veinte años atrás"*, asegura Smeling Suárez.

Asimismo, si en cada visita a la playa no hubiésemos permitido que la brisa marina conquistara hasta lo más profundo de nuestros pulmones, que nuestro paladar haya degustado la exquisitez de las profundidades; que nuestros pies hayan formado una huella efímera sobre la arena

húmeda; que nuestros oídos se hayan dejado extasiar por la descarga de las olas o que nuestros ojos hayan sucumbido ante la maravilla de un ocaso en el horizonte, tampoco habríamos llegado a ninguna parte: no habríamos experimentado en nuestras vidas lo más cercano al paraíso en la Tierra.

Y por eso, por ese instante tan inasible, tan volátil, casi eterno, aunque en realidad dure apenas unos segundos, vale la pena seguir viviendo, vale la pena seguir aprendiendo, vale la pena seguir luchando; tomar el timón de este gran barco y no soltarlo jamás... (MACH)



EL COMITE DE LA ESPERANZA

Barrio La Lucha de los pobres, Esmeraldas, jueves, 20h30.

Doña Edelmira camina por el margen de la calle lastrada. Desde hace días, una molestia en el tobillo izquierdo le punza al caminar. Se ha negado a ir al médico porque les teme a las largas esperas, a los malos tratos, a los costosos exámenes y a los medicamentos.

La oscuridad lo abraza todo. A lo lejos, un perro ladra, un bebé lloriquea, una televisión anuncia productos de belleza. Bordeando una curva, aparecen tres siluetas menudas, alargadas, que van tomando forma con cada paso. Doña Edelmira recuerda las pandillas que hace un tiempo rondaron la barriada y aprieta su bolsita con víveres.

Las siluetas tienen facciones adolescentes, de andar canchero, brazos sueltos entre empujoncitos y chanzas. Ella abraza sus compras, ajusta las mandíbulas e intenta cruzar al otro lado pero un cimbrón en el tobillo la detiene. "¿Y ahora?".

A unos metros, las siluetas resultan ser tres chicos del barrio que, luego de jugar fútbol, regresan para asistir a clases de marimba, que es la novedad para todos en la zona. Cuando ven que doña Edelmira se para, apuran el paso y se le acercan. Le preguntan si está bien, si le pueden ayudar a llevar las compras hasta su casa. Ella los mira desconfiada.

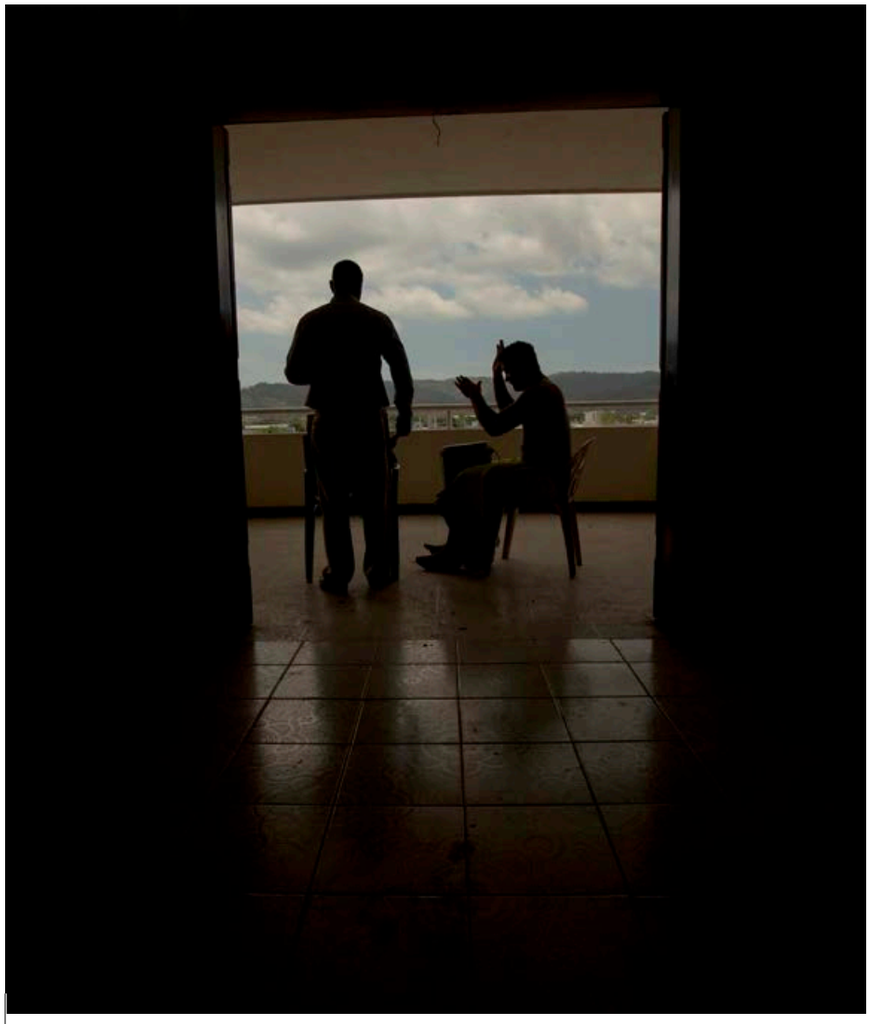
Uno de ellos le recomienda que vaya al centro de salud para que le revisen el tobillo. Ella, sin salir de su asombro, niega con la cabeza, dice que no le gusta el trato que dan en esos lugares. Ellos se ríen con cierta dulzura, Edelmira podría ser su abuela. Mientras los cuatro se alejan a paso lento, otro de los chicos le dice que acuda al Comité de Usuarias para que la acompañen, que vaya sin miedo. Ella relaja el brazo y deja que le ayuden con la bolsa. Sonríe, su casa está a media cuadra.

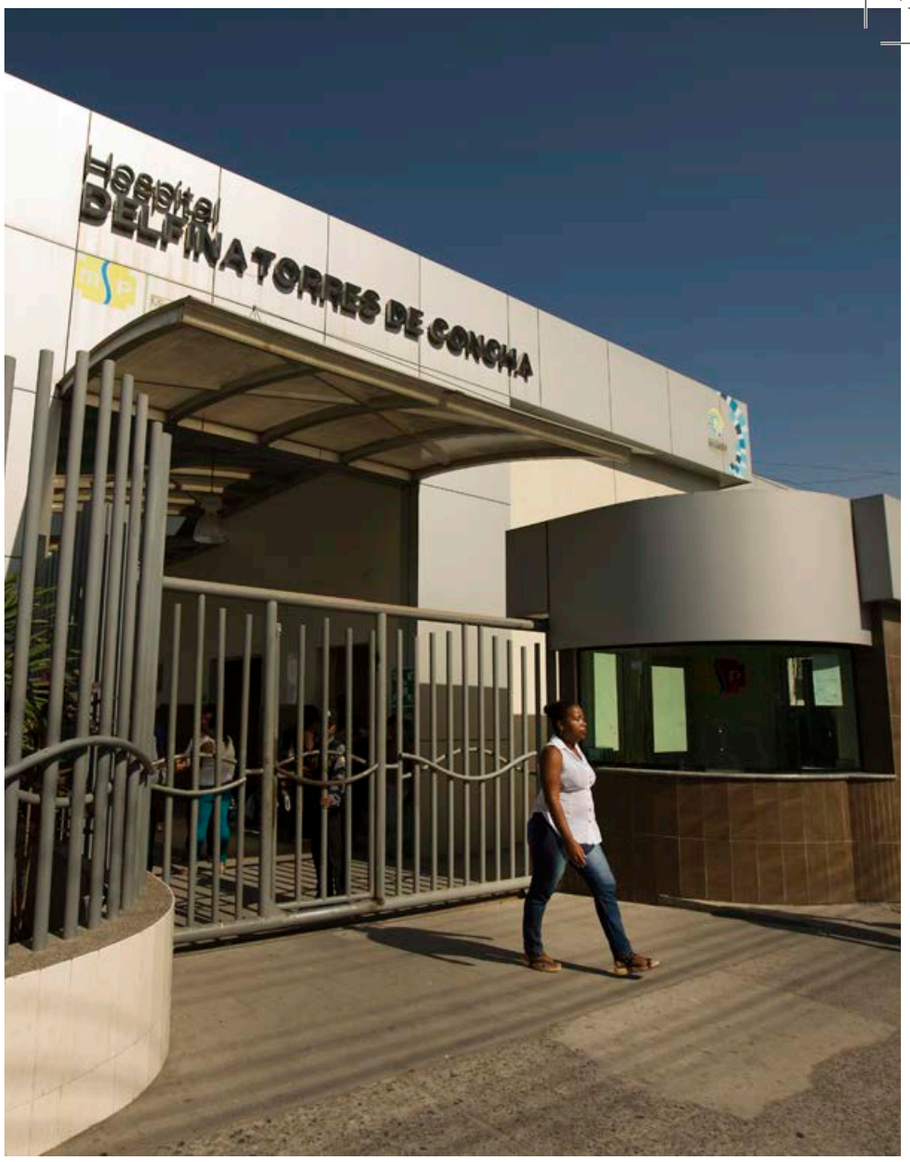
Nadya Castro Estacio vive en la Lucha de los Pobres, uno de los barrios más pobres de Esmeraldas, junto a la refinería. Hace seis años, creó el grupo de marimba Crecer, con la finalidad de que los niños y jóvenes del barrio aprovecharan el tiempo libre y no cayeran en drogas y violencia.

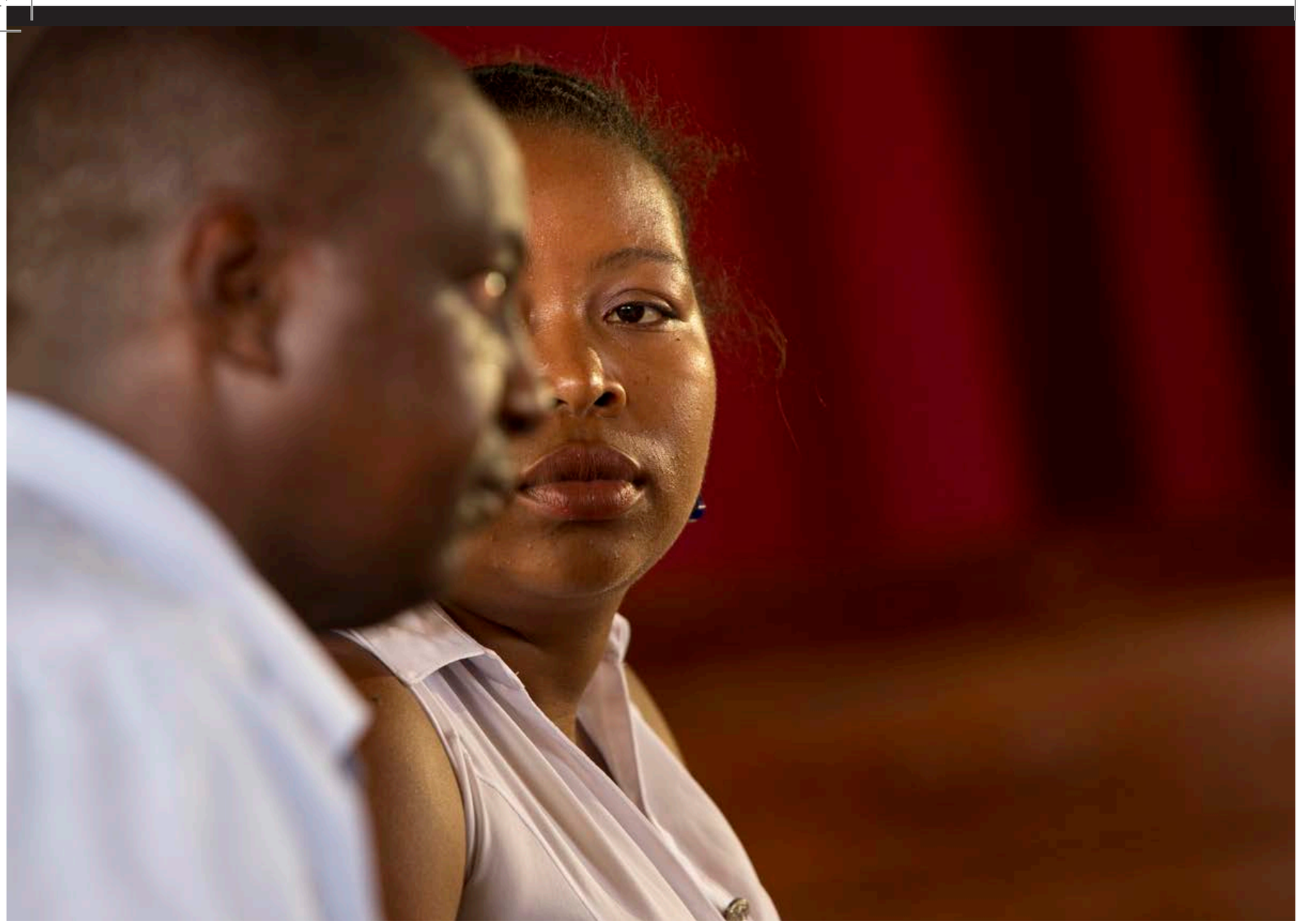
"Tenemos un grupo de danza y música afro fuertemente armado, por eso los chicos aquí ya no andan en la calle, ya no se los ve parados en las esquinas, fumando, tomando, amanecidos", afirma.

"Esmeraldas es la provincia más abandonada, pero eso no se debe solo a que algunas autoridades no quieran trabajar, sino a que a nosotros, como dueños de la ciudad, no nos han inculcado cuidarla, mantenerla y respetarla", enfatiza. Para esta mujer afrodescendiente, los Comités de Usuarias son una figura idónea para conseguir obras y lograr cohesión social. *"Yo sé que, como ecuatoriana que soy, tengo derechos y deberes que están en la Constitución y, por eso, darme educación, salud, bienestar, no es un favor que me hacen por ser pobre"*, dice tajante.

Ella ha aprendido que la organización y la acción comunitaria son herramientas efectivas para garantizar servicios públicos de calidad. Este concepto va más allá de la infraestructura y el equipamiento y apunta al buen trato, a la calidez como norma de servicio. *"El trato en Esmeraldas en temas de salud es pésima, puede que hayan puesto más centros de salud, que hayan arreglado el hospital, pero la atención es pésima, humillante y, claro, como es gratis, se piensa que uno debe conformarse. Y no es gratis, es un derecho y por eso los que trabajan para darnos ese derecho deben respetarnos y tratarnos como seres humanos"*, continúa, como quien da una cátedra.







Esa es la realidad que ocupa a los comités de usuarias: acompañar, vigilar, denunciar, proponer, y no solo en temas tangibles y casos particulares, sino también en aquellos que a veces pasan desapercibidos pero que han afectado terriblemente a comunidades enteras. Ese es el caso de la refinería de combustibles, cuyos cuarenta años de actividad han causado, a su criterio, impactos negativos en la salud y el bienestar de varios barrios de la ciudad. Eso es lo que busca remediar el "Proyecto de compensación de la Refinería a los barrios del sur", que es ya una realidad que podría marcar un antes y después en la vida de comunidades que, como La Lucha de los Pobres, se niegan a esperar más y han decidido organizarse para exigir sus derechos.

"Lo que yo he hecho para que Esmeraldas cambie, me ha llenado como mujer, como madre; uno no se lleva riqueza, no se lleva oro, lo que te llevas en tu corazón y en tu conciencia es que diste algo para que tu comunidad, tu ciudad, tu país cambien. Cuando yo veo a los niños estudiando de otra manera, yo digo, 'yo estuve ahí, yo peleé por eso y soy parte de ese logro'".

Barrio La Magdalena, Quito, martes, 15h00

La tarde luce igual a todas. No importa si la lluvia inunda o el sol arrecia. Desde el sillón de brazos de madera, él mira la televisión con desidia. A sus 67 años, parecería que la vida ha terminado. Sobre todo desde que sus hijos crecieron y se marcharon: uno a trabajar a Cuenca y la más pequeña a estudiar al norte. Casi no los ve. Casi no lo llaman por teléfono. Si tan solo se acordaran de él, piensa con un dolor clavado a la izquierda del pecho. Se siente inútil, siente que su tiempo de ayudar se fue cuando sus hijos no lo necesitaron más. La soledad lo corroe, esa tristeza disfrazada de impotencia al creerse atado a su sillón de brazos de madera, desde donde ve noticias terribles, sufrimiento, dolor, injusticia. Si tan solo pudiera hacer algo, se repite desviando la mirada hacia la ventana, si tan solo pudiera…

Silvia Maldonado es una mujer de 59 años. Se ha sentido sola por varios años. La depresión, sumada a la diabetes que padece, la llevaron al hospital Pablo Arturo Suárez, donde vivió en carne propia maltrato y desatención por parte del personal médico. Fue ahí también donde conoció a otros 120 usuarios que comenzaban a organizarse para hacer respetar su derecho inalienable a la salud y a una atención de calidad.

"Yo no sabía que la Constitución decía: 'Silvia, tú, como ciudadana ecuatoriana tienes derecho a la salud, a la educación', yo no sabía que eso estaba escrito, y cuando lo supe comencé, no a pelear, sino a decir 'doctor aquí dice, esto me ampara'".

Esa experiencia la llevó a darse cuenta de que en la vida hay momentos para todo, Que criar a sus hijos fue solo una etapa, que la vida no termina cuando se marchan, y que esa sensación de inutilidad era una barrera mental que ella misma debía vencer y más todavía si durante toda su vida ha demostrado ser una luchadora.

Por eso, cuando conoció los Comités de Usuarias y trabó amistad con algunas de sus miembros, se enteró de que existen múltiples opciones de servicio a los demás, y que en un país que está en plena construcción, subsisten muchas necesidades y que los servicios públicos no solo requieren de inversión material sino de atención cálida, más humana, solidaria y comprometida.

HOSPITAL MIGUEL H. ALZUR
Flujograma de tratamiento de trastorno hipertensivo del embarazo

"En el Comité de Usuarias en salud nos hemos organizado para conocer sobre nuestros derechos y somos vigilantes de que se cumpla la ley, porque al hacer una veeduría vamos haciendo un diagnóstico para que las falencias que existen en el servicio sean corregidas".

Hoy Silvia forma parte del Comité de Usuarias del barrio La Magdalena, al sur de Quito, y considera que ha renacido de la mano de la participación social. Su tesón inclaudicable le valió el mote de "la diabética loca", como le decían al principio, un poco con cariño, un poco temor, varios médicos que quizá veían en ella esa mística por el cuidado del otro que a ellos les hacía falta.

"En este largo caminar, yo he aprendido que el ser humano, antes que dar el pan que le sobra, debe prestar atención a quien tiene a su lado y abrirle sus brazos; yo pienso que el reconocimiento más grande que puede darse a una persona es cuando escucha el dolor de otro y lo abraza sin juzgarlo".

Sala de partos, Maternidad Isidro Ayora / Hospital de Bahía de Caráquez, domingo, 23h40

María siente que el vientre se le escurre a través de la pelvis. Contracciones cada vez más seguidas, más intensas, como piquetes que la atraviesan. A ratos siente que el cuerpo se le va a partir en dos. Se sostiene la barriga con ambas manos e intenta ovillarse, respira, resopla, puja, se contorsiona y se deja caer agotada, cuando el espasmo cede unos segundos. La cabeza golpea la camilla metálica en la que lleva dos horas en labor de parto

Está sola. El niño que pugna por nacer no tendrá a su padre cerca, porque el cobarde se largó apenas supo la noticia. Está sola; su padre y su madre están lejos, en un pequeño poblado montubio. Todavía no les ha contado que los hará abuelos. No les ha contado que dejó de estudiar y que ahora difícilmente conseguirá un trabajo. Está sola, y a nadie en el hospital parece importarle. Una hora atrás pasó una enfermera que la revisó y, refunfuñando de cansancio, le dejó en claro que su trabajo no incluía confortarla, que debía esperar a que llegara el médico.

María llora, maldice, suelta un gemido que rebota en esas paredes asépticas al dolor, tiembla, no sabe qué hacer, no tiene a nadie. Piensa, y ese pensamiento la inunda por dentro hasta que, como una epifanía en medio del martirio, le viene a la mente una nueva certeza que lo cambia todo: 'ya no estás sola, María', se consuela a sí misma a la vez que aguanta la embestida del parto, a la espera de su hijo.

La etapa relacionada a la maternidad embarazo, parto y cuidado del recién nacido, es una de las más trascendentales en la vida de una mujer. Y es, sin duda alguna, una de las que más apoyo y cuidado demanda por la fragilidad de las vidas que involucra. Así lo entiende María Auxiliadora Moreira, presidenta del Comité de Usuarias del cantón Sucre e impulsora de la creación de la sala de partos Nueve Lunas en el hospital de Bahía de Caráquez: *"En nuestra sala preparamos a la mujer para el embarazo, el parto, la lactancia, les recomendamos qué deben hacer, qué deben comer"*, explica. *"La preparación que nosotros hacemos marca la diferencia para que todo en el proceso salga mejor"*, continúa.

Esa es la importancia del trabajo que, desde los Comités de Usuarias en temas de salud, se lleva adelante en favor de las embarazadas y sus pequeños hijos. Muchas de las mujeres que se vinculan a este espacio de participación y control social lo hacen por pura convicción, devenida de la experiencia propia, de haber vivido y sufrido maltrato por parte del personal médico, en esos momentos en los que más se requiere de apoyo y comprensión.

"Al hacer una veeduría técnica, nosotros entramos con la parte de calidad de los servicios, no solo estamos hablando de la atención sino de calidad, que se cumplan los procedimientos y protocolos a las madres embarazadas, las que dan a luz y a los niños recién nacidos", advierte Martha Tapia, miembro de la veeduría técnica del Hospital Isidro Ayora de Quito y encargada de vigilar el cumplimiento de la Ley de Maternidad Gratuita desde el año 2005.

"Antes de que el Comité de Usuarias anduviera en los hospitales viendo que la calidad de la atención fuera buena, a la mujer que llegaba a parir le decían: '¿por qué no pujas, por qué no colaboras?' y era tan fácil cuando se perdía a un bebé decir 'la madre no colaboró'; a la madre se la maltrataba, se la retaba, se le decía 'bien que lo hiciste, ahora, ¿por qué no quieres parirlo?'", recuerda María Auxiliadora.

Ese maltrato, que al parecer era común para muchos prestadores de servicios, fue el detonante para que estas dos mujeres, como tantas otras que forman parte de sus comités, tomaran la ley en sus manos y exigieran su cumplimiento. Y claro, esa intervención produjo algunos sismos en las estructuras hospitalarias, como lo explica Martha: *"Algunos médicos sí tuvieron objeciones a nuestro trabajo, '¿por qué los usuarios entran como técnicos si son solo pacientes y no conocen de procedimientos?', reclamaban aireados, pero al final se han dado cuenta de que lo hacemos por un compromiso que lo puede todo, y ellos mismos nos han dado capacitaciones, para que nuestro trabajo se pueda hacer mejor".*

Para ellas, los espacios de control social, los comités, las veedurías, el involucrarse y velar porque se cumpla la ley es una obligación que no pueden eludir. Muestra de ello es María Auxiliadora, cuyos 69 años y una discapacidad física no han mermado su entusiasmo y, por el contrario, ha encontrado en la participación ciudadana y en el ayudar a los demás, un nuevo sentido a su vida. *"Pienso que la participación es muy importante en todos los espacios, siempre y cuando la hagamos con amor, con honestidad y con dedicación"*, comenta ella, resumiendo su visión sobre el tema.

"La participación debe ser un puente, un nexo entre los prestadores de los servicios y los usuarios que acuden a los centros", complementa Martha, con una lucidez envidiable. (LMA)

MONTUFAR SE ESCRIBE CON M DE MINGA

1.

Pocas palabras llevan intrínsecas un significado tan potente como ancestral, un llamado tanto a la acción como a la solidaridad. Tiene cinco letras, como los dedos de una mano.

2.

Alguien dijo:
"Se necesita levantar el techo para una casa".
Y los demás respondieron:
"Yo pongo las tejas".
"Yo traigo la paja".
"Yo pongo las mulas".
"Yo, todas las cuerdas".
"¡Vamos!"

3.

En el extremo norte del Ecuador, Montúfar es quizá el cantón ecuatoriano que entendió primero que la unión no solamente hace la fuerza sino que también beneficia por igual a toda una comunidad.

Montúfar es el rey de las mingas, de una costumbre noble que viene de generación en generación. De una forma u otra Montúfar lleva más de cien años realizando lo que hoy conocemos como participación ciudadana.

4.

"Nos lo enseñaron nuestros padres y abuelos. Aquí se mencionaba la palabra 'minga' y todo el mundo salía, hasta los niños", nos dijo orgulloso un hijo de Montúfar.

"Cuando nuestros padres nos llevaban al páramo para abrir la carretera entre Montufar y Espejo, nos quedábamos ahí y dormíamos ahí para seguir trabajando. Ese es el espíritu de mancomunidad, de ayudar a los demás. La minga no beneficia a uno sino a todos", evocó otro.

"Y lo aprendimos desde niños, con la práctica".
"Sí… Es parte de nuestra identidad".

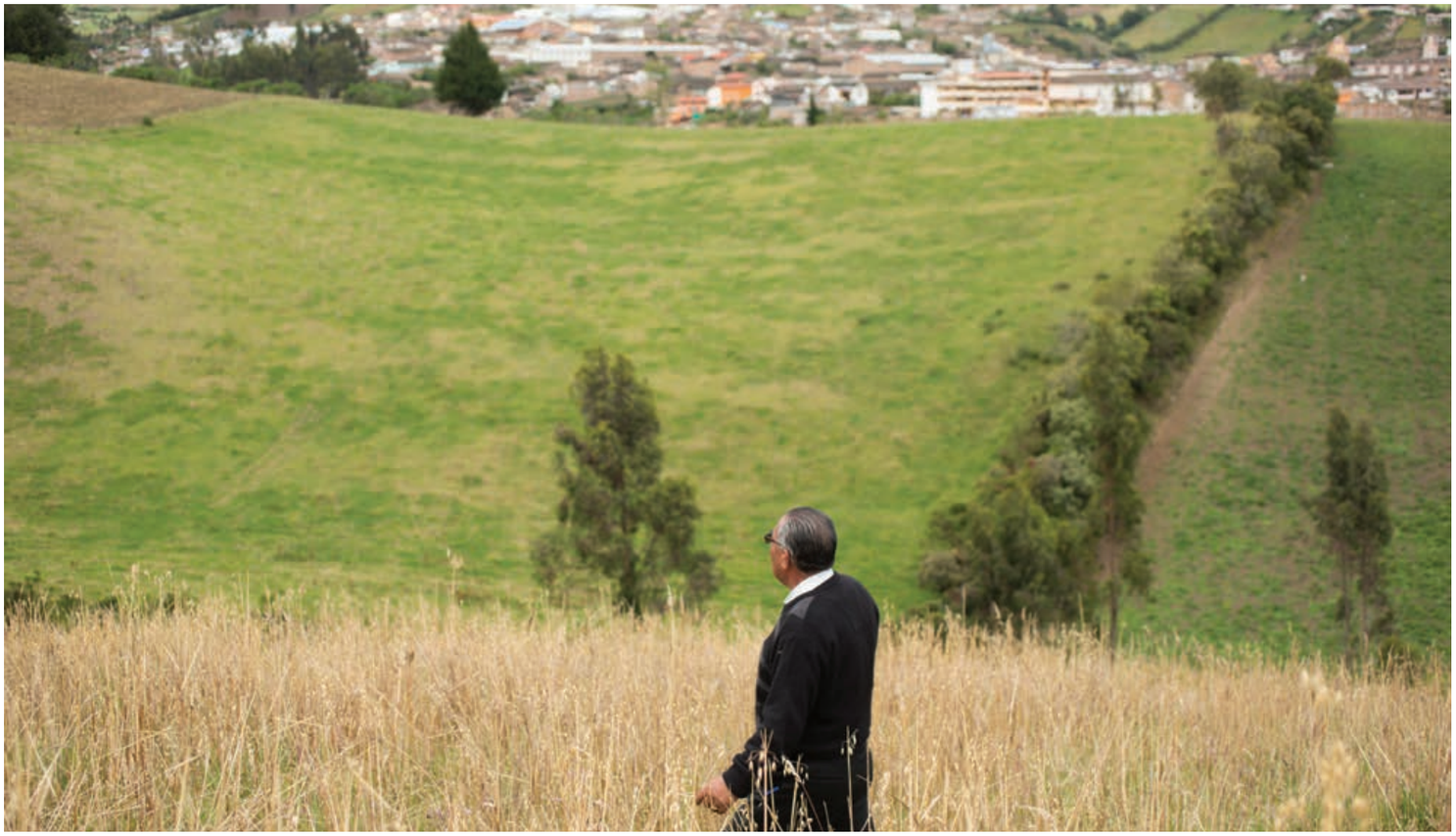
5.

Desde 2008, la participación ciudadana dejó de ser una mera ordenanza municipal y pasó a la categoría de principio Constitucional y luego Ley orgánica. Ahí se establece que la gente debe unirse, dialogar y sacar conclusiones a través de sus asambleas generales. Cada uno pone un poco de lo suyo en función del bien común: ¡tal como en la minga!

"*Para conocer las necesidades de las comunidades, hay que visitarlas. Hay que sufrir con ellas. Cuando se conoce lo que es el hambre, ahí se conoce la necesidad de cambiar nuestras condiciones de vida*", nos dijo con gran aplomo de uno.

"*Así es*", opinó su hermano de terruño. "*Es tan sencillo como entender que así como tenemos la obligación de cumplir las leyes, también tenemos el derecho a que los gobiernos autónomos descentralizados, inviertan bien hasta el último centavo en las obras que son prioritarias para nosotros*".

"*Por eso debemos ser parte de la solución, compadre. Está en la Constitución: ¡somos el quinto poder!*".



6.

Alguien dijo:
"*Se necesita cambiar el futuro de nuestros guaguas*".
Y los demás respondieron:
"*Yo pongo la pizarra*".
"*Yo traigo mis sillas de la sala*".
"*Yo les preparo un buen desayuno*".
"*Yo pongo lo que sé y lo que soy*".
"*¡Vamos*!"
(MACH)

SOÑAR A LA SOMBRA DE LOS EUCALIPTOS

- Don Gustavo, lo que no entiendo es ¿todo esto para qué?
- ¿Para qué? ¿Cómo que para qué? Para que le sirve a usted la dignidad, ¿ah? ¿Qué, esa palabra no existe o qué? (…) Preguntas más pendejas que hace este güeón.

La estrategia del caracol (Sergio Cabrera, 1993)

"*Todos estábamos aquí por una misma necesidad y un mismo objetivo: tener una vivienda*", comienza Carmen Padilla, moradora de la barriada que hoy se conoce como Atucucho, en el flanco noroccidental de Quito.

La historia de este asentamiento se remonta a mediados de los años ochenta, cuando muchos planes de vivienda popular solían ser parte de las estrategias políticas demagógicas para obtener votos. Y si bien para entonces, las laderas del volcán Pichincha acababan de ser declaradas bosque protector, poco a poco la zona se convirtió en un refugio para decenas de familias que no tenían un techo. Y muchas de las cuales habían peregrinado antes por otros programas y llegaban con la desesperación de quien lo ha perdido todo.

"*Yo llegué aquí sola, con seis hijos*", cuenta doña Carmen, siguiendo el hilo de su memoria. "*Vinimos a luchar desde el inicio, porque antes esto era todo monte*", hace un ademán de advertencia y, con gesto firme, deja en claro que la fuerza de carácter y, sobre todo, la voluntad inquebrantable de hacer algo por sí misma y por su descendencia, fueron responsables de que pudiera conseguir un hogar.

Como es de suponer, en la época en que esta mujer, venida desde la vía a San Lorenzo, y un pequeño grupo de inmigrantes de otras provincias, invadieron la loma de lo que hoy es Atucucho; no había vías de acceso, transporte, servicios básicos y menos una escuela o subcentro de salud. Las familias debían subir la montaña a pie para llegar a sus viviendas, ubicadas a 3.500 metros sobre el nivel del mar, unos 700 metros por encima de la capital andina.

Madres que trabajaban como empleadas domésticas y subían a sus chocitas al final de la tarde con sus hijos e hijas en brazos, en medio del gran bosque de eucalipto que predominaba en la zona. Hombres cargados de enseres, víveres o algún pequeño mueble, con la ilusión y la esperanza a cuestas, con ese sentido de solidaridad que solo conoce quien ha pasado necesidades.

Manuel Tituaña era un niño cuando su padre y su madre vieron en esa loma una oportunidad para obtener un techo. Para ellos, una familia de siete miembros, esta parecía ser la última esperanza para conseguir una parcela, luego de ser expulsados de otros planes irregulares, como Pisulí y Jaime Roldós.

"Fue un grupo de diez personas el que inició la invasión", toma la palabra Manuel. *"Por eso, la primera minga comunitaria que realizamos fue para abrir las calles, por la necesidad que teníamos de transitar por nuestro barrio que en ese momento, solo tenía cinco cuadras de las 169 que hay en la actualidad"*, completa como quien abunda en detalles para que se dimensione mejor el asunto.

Los primeros habitantes de Atucucho entendieron desde el principio que debían organizarse, permanecer unidos y lograr que la participación incluyera a todos sus miembros. Así que partieron de una estructura horizontal que priorizaba el bienestar común, a través de comisiones que se ocupaban de las necesidades del barrio y de asambleas semanales a las que asistían todos los moradores para analizar los avances y las dificultades que habían enfrentado durante la semana.

En cuanto a los políticos que llegaban en campaña a Atucucho y ofrecían obras que nunca cumplían, Manuel se muestra tajante: las promesas y los incumplimientos hicieron tanto daño al barrio como el que causaron los traficantes de tierras en su momento.

"*Esto nos afectó mucho porque, por un lado, venían unos políticos a agrupar una gente, eso fue afectando la organización*", hace hincapié con el índice hacia arriba. "*Sin embargo, una vez que resolvimos la fragmentación de la organización, a partir del año 2005 o 2006 volvimos a concentrar a la gente y a conseguir cosas, como las escrituras: casi el 70% del barrio tiene escrituras propias, lo que durante 26 años nos fue negado*". Mira a su alrededor y se encuentra con los ojos de doña Carmen, que asiente con la cabeza a su lado.

"*La dificultad más grande que teníamos era el agua*", retoma ella la posta de la conversación. "*Buscar el líquido vital para nosotros era bastante doloroso porque traíamos en carretilla las pomas con agua*

desde El Triunfo". Hace un gesto de nostalgia, pero enseguida se recompone y su rostro se ilumina. "*Ahora que veo mi barrio así, siento una satisfacción tan grande porque nuestros niños ya tienen una vida diferente y nuestros adultos mayores, que entonces vinieron con toda su energía, ya tienen por dónde transitar, con su bastoncito, del brazo de su nieto*", sonríe orgullosa.

"*Sí ha habido una participación activa de la gente*", interrumpe Manuel con familiaridad, "*más que todo cuando comenzamos a conocer nuestros derechos, a profundizar en que si nosotros éramos actores pasivos, a quienes solo les contaban lo que pasaba y no tomábamos decisiones, esto no funcionaba. Por el contrario, pudimos empoderarnos de los derechos que teníamos y exigir su cumplimiento… como que legalicen nuestros predios*", toma aire; "*para eso hicimos movilizaciones grandes, de hasta cinco mil personas*".

"Mire, nosotros estamos convencidos de que si no hubiésemos estado unidos, no habríamos conseguido lo que tenemos ahora", insiste, *"porque un barrio tan grande, de alrededor de 20 mil habitantes, sin una concientización para trabajar en cosas básicas como son ahora la inclusión de la niñez, de los jóvenes, de la salud, quedará desintegrado en poco tiempo"*, advierte.

"Nosotros nunca perdimos la esperanza", subraya por su parte doña Carmen. *"Y es esa esperanza la que hemos mantenido hasta el día de hoy, la que nos hace seguir soñando con más cosas para nuestro barrio"*.

El rostro serio de esta mujer afro se ha suavizado. A un costado, Manuel parece masticar las últimas palabras de su vecina y compañera de trajines y sueños.

"Soñamos con una participación empoderada de la gente; soñamos con un barrio que cuente con un juez de paz, que se haga cargo de las situaciones y la problemática de aquí. Soñamos con un presupuesto que se pueda asignar a este gobierno barrial, que invierta en las obras que verdaderamente necesitamos; soñamos con una agrupación de nuevos líderes comunitarios. Soñamos con la participación de los niños, que ellos sean tomados en cuenta en las decisiones", concluye Manuel con clara emoción, como quien sueña a la sombra de esos eucaliptos que pueblan la zona y fueron el primer cobijo de los moradores de Atucucho. (LMA)

CAYAMBE, TODAS LAS VOCES TODAS

“Como ese cantor que dice que canta por los que no cantan… Nosotros hablamos por los que no tienen voz”

Yo no entiendo mucho de leyes, pero cuando a uno le toca hacer las cosas por cuenta propia, y más a nombre de una comunidad, hay que aprender, hay que buscar alguien que sepa cómo hacerlo.

pero en Cayambe siempre he sido parte de los procesos sociales. Por eso decidí tomar cartas en el asunto del Municipio, porque era injusto, las acciones del alcalde Diego Bonifaz eran un insulto a la buena fe de su gente. Porque no hay mayor traición que la que comete un gobernante a expensas del pueblo que lo eligió, que le dio su confianza para trabajar.

¡Ay! si usted supiera cómo estaban las cosas por acá, *'cada cual tenía como feudo su terreno cantonal y él se quedó atrás de la ley. Es que llevaba 12 años de gobierno y, cuando se acumula tanto tiempo, hay gente que cree que es dueña de la casa'*.

Pero menos mal que *'las leyes cambiaron muy rápido y nos dieron a los habitantes las armas para defender la ciudadanía y estar en contra de la corrupción'*.

Claro, señor, ya le cuento bien la historia de cómo empezó esto, verá, han pasado casi cuatro años desde que logramos la revocatoria del mandato de Diego Bonifaz, ex alcalde de Cayambe, un hombre que se desvió de su labor y creyó que podía hacer lo que quería con el Municipio. Es que hay políticos que piensan que esto de la participación es un juego, un saludo a la bandera, como dicen por ahí. Porque la gente está muy ocupada en sus vidas como para meterse en líos con una autoridad y andar preguntando sobre las obras, las normas, los contratos.

Es un terreno medio escabroso ese, y más cuando el susodicho anda en cosas torcidas, ahí menos espacio dan, más trabas, maltratos, hasta amenazas. ¿No ve que es platica la que está en juego?

Pero los pobladores de esta ciudad nos hartamos del descaro y la prepotencia, y decidimos hacerle frente a través de los mecanismos que prevé la misma ley pues ¿Y cómo más lo podíamos hacer? tuvimos siempre en la cabeza una idea que nos sirvió como consigna para mantenernos al pie del cañón: *'Participación sin acción no es participación y cuando hay problemas, la gente se une, porque la participación no viene de arriba hacia abajo sino de abajo hacia arriba'*.

'Esto lo comenzamos en una asamblea popular que hay en Cayambe'; empezamos a hacer reuniones, a invitar a los vecinos, a preguntar a los demás, y ahí vimos que había mucho descontento, mucha desconfianza, ¿no ve que cuando se hacen cosas chuecas siempre queda un rastro, una huella como las miguitas de pan de ese cuento para niños? Pero este era un asunto bien serio y sabíamos que podíamos correr peligro, porque '*el riesgo lo corre uno, físicamente, porque somos personas las que actuamos*'.

Con el panorama más claro, nos organizamos alrededor de ese sentir de la comunidad: '*unos sabían más de leyes y otros tenían tiempo para hacer el seguimiento de los trámites. Y aunque éramos algunos los que poníamos la cara, esto estaba acompañado del apoyo y trabajo de más de 200 personas*'. Así fuimos consiguiendo documentos, entendiendo bien los procesos, los procedimientos que debían seguir y que habían esquivado, digo, Bonifaz y sus colaboradores, porque él era la cabeza pero tenía su equipo. Y una vez que tuvimos todo en orden fuimos a denunciar las irregularidades que encontramos en varios procesos de contratación de personal y de obras.

Nuestra lucha tuvo su efecto. Después de varios meses de enviar documentos, de pedir la intervención de las instituciones de control,

de mover cielo y tierra… lo logramos. La Contraloría emitió un informe en el que se concluía que Bonifaz debía ser glosado por un manejo injustificado de recursos. ¿Vio?, al que insiste y tiene la razón, tarde o temprano le hacen justicia. '*Si hasta a la Asamblea Nacional tuvimos que ir a poner quejas para luchar por lo que nos correspondía*'.

Pero así mismo es que se hace la lucha pues, luchando, no ve lo que dice el Subcomandante Marcos: "*la lucha es como un círculo, se puede empezar en cualquier punto pero nunca termina*". '*Y nosotros no íbamos a pedir nuestros derechos de rodillas, teníamos que partir de la igualdad porque los derechos no se negocian, se reclaman. Y cuando uno tiene la voz, tiene también la obligación moral de denunciar, como ese cantor que dice que canta por los que no cantan… nosotros hablamos por los que no tienen voz*'.

¿Que cómo terminó la historia?, bueno, es que estas historias de los pueblos no se terminan nunca… ¿usted dice la historia del alcalde, del ex alcalde Bonifaz?, esa sí se terminó para nosotros, más bien dicho, nosotros la terminamos a punta de participación colectiva y unión propositiva, o sea, de organizarse y hacer que las cosas pasen. Ese señor renunció al cargo de alcalde antes de que le notificaran con la destitución, supongo que para poder decir que no lo botaron sino que él se fue. Más patrañas.

Mire, si nos pregunta a nosotros, como ciudadanos y ciudadanas, como personas, le podemos decir que *'en este momento los ciudadanos sabemos más y nos preocupamos más. Nos damos cuenta de que, de todas maneras, hay un apoyo institucional muy grande acerca de la participación, de la transparencia'*, y que estas herramientas de control social sí dan resultado.

¿Un ejemplo de lo que es la participación social?, mire, *'un símbolo de esta lucha podría ser el quinde o un grano de arena. El primero porque es uno de los animales más pequeñitos y es de los que molesta más. El quinde se le pega a un cóndor y no lo suelta porque tiene mucha habilidad, se puede mover, sabe por dónde meterse. Eso es lo que tenemos que hacer los ciudadanos. Y el granito de arena porque un hueco de ese tamaño puede hacer caer una gran represa, por ahí se va toda el agua'*.

Epílogo

En Ecuador, muchos procesos políticos se han construido, históricamente, de arriba hacia abajo, desde las autoridades hacia los pueblos. De ahí que existan leyes y normas que no hayan sido pensadas como herramientas que inviertan esa lógica. La participación ciudadana es, sin embargo, un claro ejemplo de un proceso inverso, que nace desde las bases hacia los mandatarios, funcionarios y servidores, como un llamado de atención y un recordatorio permanente de que las y los mandantes están en las calles, haciendo uso de los servicios públicos, ejerciendo y exigiendo sus derechos. (LMA)

LA VOZ QUE GUIA

Incluso en el páramo más remoto, donde el rastro humano llega a ser quizá tan escaso, al punto de la inexistencia, nunca deja de sonar una voz. En este caso, es el viento que con su potente hálito sobrevuela toda montaña, todo bosque, todo abismo y no hará otra cosa que ser fiel a su naturaleza: hacerse escuchar.

En Cayambe hay una voz que no es cualquiera. Ni una que apenas se atreve a susurrar algo y que se oculta de inmediato, entre el tumulto para diluirse. Todo lo contrario: es la voz que guía a una banda muy numerosa, que no puede darse el lujo de desafinar ni entonar a destiempo. Es la voz que marca dónde entrar, qué decir. Pero la letra de esta canción de lucha se ha escrito colectivamente, la ha compuesto el pueblo desde sus más profundos anhelos.

Esta voz, que se llama Rubén Rico, llegó hace treinta y tres años a Cayambe procedente de Colombia. Y y no se ha desgastado con las décadas, más bien se ha fortalecido y sigue inspirando a esa tierra que él adoptó como suya, así como ella a él.

¿Cómo se hace para ser la voz que guía?, nos preguntamos.

Y la voz nos respondería, serena pero incólume, sin una onza de duda, que para hacerse escuchar, para reclamar derechos, es imperativo hacerlo desde la igualdad, no bajando la cabeza ni rogando. Sino desde la dignidad, esa con las que nacimos y que terminará en nuestro último aliento. Pero, sobre todo, un ingrediente principal: la profunda convicción de que hay *algo* que hacer y *alguien* a quien le toca abrazar esa causa, tomar la iniciativa y portar esa antorcha.

Rubén, la voz de los que no tienen voz, aprendió a nadar en las densas aguas de los desafíos sociales de la única forma posible: lanzándose. Su primera vez en estas lides se dio como delegado de una organización no gubernamental, ante los primeros Consejos Cantonales de la Niñez. Luego lo llamaron para integrar una veeduría, a propósito de una obra pública de la que se presumía un negociado con los materiales de construcción. Y también aceptó. Luego, su destino fue inevitable. Y hasta ahora no ha renegado de él: lleva a cuestas un sinnúmero de asambleas cantonales, en muchas de las cuales contó con la valiosa ayuda de voces como la de Vinicio Farinango. Porque una cosa es cierta: nadie más que la voz cantante sabe que para coordinara decenas de miles, hay que saber primero escuchar y comprender, para luego actuar.

Acción, esa es la clave de la participación ciudadana. Sin aquella, esta no existe. Ni aunque soplen todos los huracanes juntos. Si no hay acción todo se queda en retórica o demagogia, en pura partitura que permanece escrita en el papel sin que nadie la ejecute.

Si no hay acción, simplemente no hay nada.

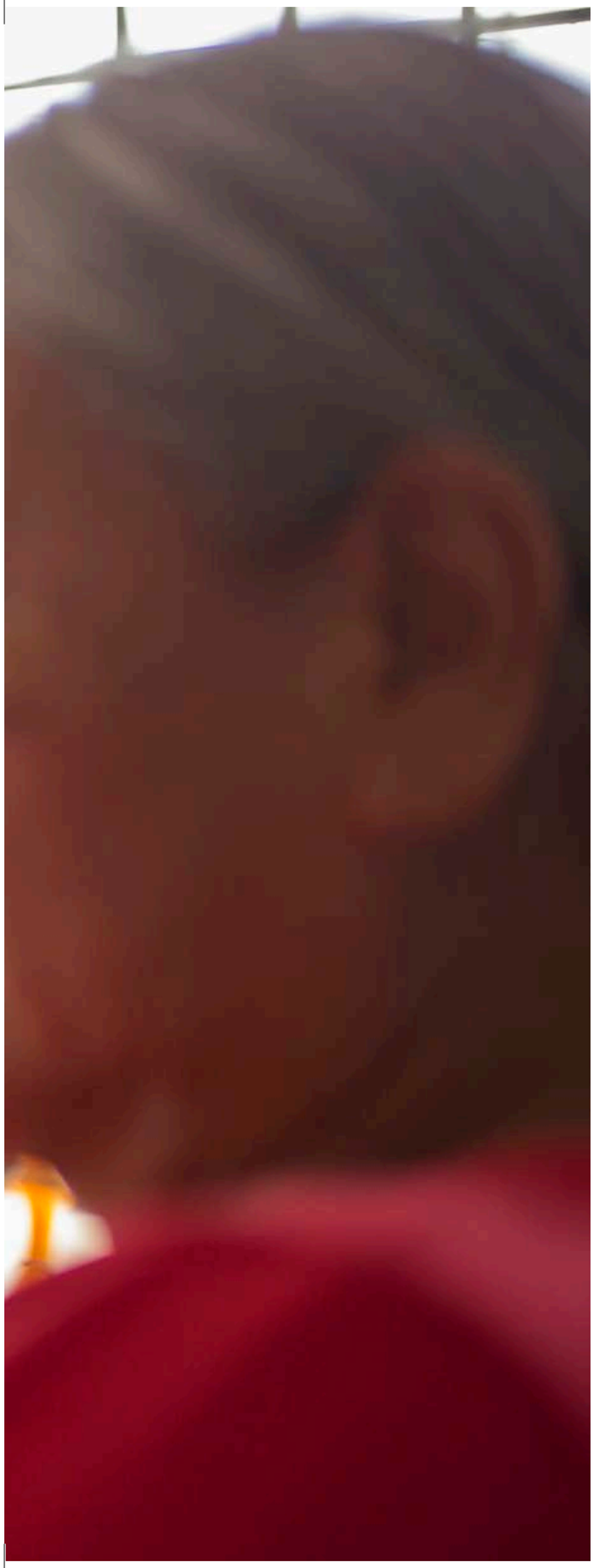
Y la acción empieza desde los actos más sencillos, como tener los ojos bien abiertos, hasta otros más temerarios -urdidos gracias a una gran estrategia y conocimientos de lo jurídico y a una decisión de acero-. Como lograr la revoc`atoria del mandato de un alcalde corrupto perennizado en el poder, que no tenía ganas de abdicar a su estatus de señor feudal.

Quien asuma el reto de convertirse en voz cantante no solo deberá retumbar sino también volar, y muy alto, sabiendo cómo y por dónde meterse. Como lo hace el quinde, esa pequeña ave que tiene la habilidad de agarrarse de alguien tan portentoso como el cóndor y no soltarse de él por nada del mundo. Y como todo vuelo, toda participación ciudadana deberá empezar desde abajo hacia arriba, nunca al revés. Y como todo vuelo, también habrá sus pérdidas de altura y sus caídas.

Pero volver a comprometerse es volver a levantarse.

Quien asuma el reto de convertirse en voz cantante, estará en la obligación moral de denunciar las injusticias y las inequidades hasta donde las fuerzas alcancen.

¿Y hasta dónde será eso? Esa respuesta únicamente la tienen los cayambeños. Parafraseando el cantar de Mercedes Sosa, en aquella canción de Armando Tejada, que ella inmortalizó, "*cuando lo decidan todas las voces, todas, todas las manos todas, todo Cayambe podrá ser canción en el viento. Y todas las voces se convertirán en voces cantantes y sonarán más fuerte como nunca antes*".
(MACH)



EL PODER DE LOS POBRES EN MAPASINGUE

Un grupo de hombres y mujeres cruza las calles de uno de los más populosos barrios de Guayaquil, como si estuvieran en su casa. Quizá porque conocen a muchos de sus habitantes al haber encabezado, a lo largo de casi tres décadas, varios de los procesos más importantes que ha vivido Mapasingue Oeste. Tal vez porque muchos de los niños, muchachos y jóvenes que transitan por esas calles recibieron enseñanza y cuidado en la guardería que una de ellas puso durante años en su propia casa, y los conoce como a sus propios hijos.

Estos hombres y mujeres, de andar resuelto y maneras descomplicadas, llevan la rebeldía y la tenacidad de sus ancestros huancavilcas a flor de piel. Y hablan con firmeza desde el afecto, la convicción y la alegría.

"*La participación ciudadana sirve para todo*", empieza diciendo Ramón, "*para conseguir todo lo que se quiera lograr, todas las metas y todos los proyectos. Así como participamos dentro de nuestro hogar, la comunidad también necesita de nuestra participación para tener logros y mejoras, que son también mejoras para quienes vivimos en ella*".

Lo que no se conoce, no se ama

Una de las historias que esta gente de roble cuenta orgullosa está ligada a la recuperación de la memoria histórica de su comunidad. Para ellas y ellos, la base para construir un futuro digno parte del conocimiento del pasado, de la valoración de esas luchas que las generaciones anteriores iniciaron; los conflictos que debieron enfrentar y las conquistas que, aunque hoy parezcan solo anécdotas, ayudaron a forjar su situación actual. "*Así como debemos conocer sobre las batallas o la fundación de las ciudades, debemos inculcar a nuestros hijos y nietos la historia de cómo Guayaquil fue creciendo, cómo nacieron los barrios, las luchas detrás de la formación de los sectores urbano marginales*", explica doña Silvia.

"*¿Cómo voy a empoderarme de algo que no conozco?*", María Victoria, como quien dice algo obvio. "*Tengo que conocerlo para transmitirlo pues, y si yo me empodero de algo, puedo transmitirlo con mucha más facilidad y llegar más rápido a las personas*", se responde.

"*Hemos trabajado mucho en la recuperación histórica de Mapasingue y estamos orgullosos de ello. Por eso, las generaciones que formamos esta comunidad ahora sabemos quiénes somos y qué sucedió en el lugar donde vivimos, cómo se inició el barrio, la escuela, qué había antes aquí, las grandes haciendas, los sectores carboneros, las grandes fábricas*", enfatiza doña Carmen, "*porque no es que llegamos y ya… para tener esto hemos tenido que luchar mucho*".

Para este grupo de moradores no existen medias tintas, y menos todavía cuando se trata de valorar el camino que, desde hace años, han recorrido con sus familias, con sus compañeros y amigos, algunos de los cuales ya no están. Por eso es tan importante que se conozcan sus historias de vida, a través de las cuales se puede entretejer la de toda la zona: "*Nosotros hemos formado parte de esa memoria histórica, hemos tenido, por ejemplo, compañeros que estuvieron presos, compañeras maltratadas. Hemos sido desalojados, golpeados, vejados. Y esta labor de recordar lo vivido es también un reconocimiento a todos los que lucharon junto a nosotros, que se desvelaron, que pasaron noches enteras haciendo guardia para evitar los desalojos o cavando túneles para captar un poco de agua*", asegura doña Carmen.

Don Ernesto se ayuda de brazos y manos para apoyar lo que dice, sobre todo cuando se refiere a los asentamientos y la legalización de las tierras en las que hoy viven cientos de familias. "*Al principio luchamos muy fuerte contra los vendedores de tierra que nos llevaron a invadir, después de que nos habían dado nuestra parcela, nuestras casas, botaron a muchos compañeros y revendieron sus terrenos*".

Eran tiempos de lucha, recuerdan, y ese sacrificio no puede quedar en el olvido, y más si los artífices de la regularización y la dotación de servicios son los propios padres, madres y abuelos de los niños y niñas que hoy juegan por las calles de Mapasingue.

Ahora la realidad va cambiando para mejor, no solo por los logros conseguidos sino porque hay un escenario político diferente. Una muestra de ello es el apoyo técnico que, desde el Consejo de Participación Ciudadana, recibieron para hacer ese levantamiento historiográfico que constituye uno de sus principales legados. "*Fue un proceso participativo e incluyente, en el que trabajamos por sectores, nos reunimos varias veces con el grupo que designó el Consejo; hicimos grupos y utilizamos papelógrafos para anotar todo lo que habíamos vivido en ese tiempo y que podía servir para contar nuestra historia como comunidad*", señalan.

Pero para que ese legado sirviera, no bastaba con sistematizarlo, había que socializarlo entre las generaciones más jóvenes ¿Cómo hacerlo? María Victoria es crítica con el sistema educativo porque, en su opinión, no enseña a los estudiantes a valorar sus raíces más cercanas. Así que sin esperar más, desarrollaron una metodología basada en anécdotas rápidas transmitidas a los muchachos que se reunían a jugar fútbol. *"Mientras los chicos esperaban a que llegara el equipo rival, mientras se inscribían o decidían qué equipos jugarían primero, nosotros nos acercábamos a ellos y empezábamos a conversar: 'Mira, ¿sabías que antes aquí era una hacienda?, ¿sabían que varios de sus abuelos estuvieron presos en la época de los desalojos y que otros compañeros de la cooperativa se turnaban para llevarles café, almuerzo y merienda, y para cuidar a sus hijos hasta que fueran liberados?'"*.

Era una labor de paciencia y afecto para los adultos y adultas, y una experiencia de descubrimiento, a veces asombrosa, a veces dolorosa, para los chicos. Pero, en todos los casos, resultó una forma efectiva para reconocerse y extender lazos entre las personas.

El canal de la muerte

Para estos luchadores y luchadoras incansables, los moradores de los barrios son tan protagonistas de la historia de su ciudad como los héroes y los próceres, porque han librado batallas contra la injusticia, el engaño y el abandono. Porque han debido batirse con tenacidad y a manos vacías contra deslaves, inundaciones, delincuentes y traficantes, y han insistido al punto de conseguir de instituciones aparentemente sordas, obras fundamentales para el desarrollo comunitario.

Quizá el ejemplo más importante de esta actitud de lucha es "*el canal de la muerte*", un ducto de desfogue de aguas lluvia que, durante los inviernos, se desbordaba y arrasaba con todo. "*Se perdieron muchas vidas en nuestro sector, además de muchos bienes*", recuerda doña Silvia conmovida. "*Cuando venían las lluvias era un verdadero río, traía un sonido fuerte de lo caudaloso que era, la gente pasaba amarrada con cabos, había accidentes, incluso teníamos que pedir a la Marina que viniera con los botes de goma para sacar a los vecinos de sus casas inundadas y, cuando ya bajaba el agua, había hasta metro y medio de lodo*".

Años de gestiones infructuosas, de pedidos que caían en oídos sordos, de impotencia ante la inminencia de la muerte y la destrucción de sus bienes, tuvieron asidero hace cuatro años, cuando por fin el Municipio de Guayaquil construyó un ducto-cajón doble sobre el antiguo canal y lo tapó con el asfalto de la nueva calle, que se extiende a través del barrio. A partir de entonces, el agua que baja de los cerros y antes hacía colapsar el vecindario, corre por debajo de la calzada.

"Como dice el refrán: 'el que no llora no mama', ¿cierto?, por eso hemos insistido tanto, pero eso sí, de forma organizada, permanente. Y como habíamos pedido también el alcantarillado, cuando vinieron a hacer el nuevo ducto también nos dieron alcantarillado, ¡imagínese, las dos obras juntas! En los treinta y cinco años que tenemos viviendo en el sector, nunca habíamos tenido una obra de tal magnitud", comenta Ramón con una sonrisa.

Otra de las claves para entender lo que las pobladoras y los pobladores de Mapasingue Oeste han conseguido es que se consideran a sí mismos guardianes de las obras del barrio. "*Por ejemplo, cuando vienen ingenieros y técnicos, no me miran bien porque yo estoy atrás de lo que hacen: 'oiga, ¿qué pasa con ese material, con el retraso en esa obra?, es que yo vivo aquí y tengo que ver que la obra quede bien hecha, porque con la participación ciudadana, los mandantes tenemos derecho a reclamar y a exigir que las obras sirvan a la comunidad, porque no son dádivas sino derechos*", dice tajante don Ernesto.

GLORIA YAUTIBUG A.
Vespertina 8/H

Un rinconcito feliz para los niños y las niñas del barrio

"La guardería-jardín que abrí en mi casa nació hace 24 años cuando cerraron el preescolar de la única escuela del sector. Faltando unos quince para entrar a clases, las madres fueron a matricular a sus hijos e hijas y se encontraron con esa sorpresa. Y como yo llevaba trabajando dos años como maestra, los vecinos me pidieron que, en vez de irme a trabajar a otro lado, acogiera a sus niños y les diera clases", recuerda María Victoria.

"Ella nos decía que era imposible, porque su casa no estaba terminada, tenía el piso de tierra y no había mobiliario para recibir a los niños, entonces todos nos reunimos e hicimos unas mesitas, unas sillitas que todavía existen y quedamos en pagarle 12 sucres mensuales", recuerda doña Carmen. *"Pero hasta que estuvieran listas las cosas, yo tiraba sábanas en el piso y trabajábamos ahí con los chicos. Ya después conseguimos el resto por intermedio de donaciones"*, cuenta María Victoria. *"El primer año había 38 niños y niñas, entre 3, 4 y 5 años; el siguiente año tuve 95 y así, unos años más, unos años menos, hasta el anterior, que fue el último año, que tuvimos 48"*, completa.

La comunidad entera de Mapasingue asumió la responsabilidad de cuidado y educación de los niños y las niñas del barrio, aun cuando esa labor era obligación del Estado. Pero eran tiempos de recesión para el sector social, épocas de desinversión y recortes presupuestarios que hacían imposible que los gobiernos, central y municipal, se hicieran cargo. *"No se podía bajar los brazos, porque los niños de aquí generalmente se quedaban solos en sus casas mientras sus madres, la mayoría solteras, salían a trabajar todo el día. Esas madres confiaron en la compañera y dejaron sus hijos a su cuidado, y no solamente en el día, a veces los dejaban durante la noche, fines de semana, incluso en Navidad o Fin de Año"*, afirma don Ernesto.

Esa responsabilidad se llevaba adelante más como un compromiso afectivo que como una obligación profesional, siempre había algo más de madre que de profesora en el trato que daban en la guardería a los niños y las niñas, por el afecto, por el interés sincero en su bienestar, en la formación humana de esos pequeños que hoy son los nuevos habitantes de Mapasingue.

"*Para mí, es la maestra la que se debe adaptar a las necesidades del niño, a su carácter, y no al revés. Fui yo la que se adaptó a ellos para que pudieran desarrollarse mejor. Eso además del apoyo permanente de la comunidad: si un niño tenía un problema, nos agrupábamos con todos los padres y veíamos la forma de ayudarlo, porque siempre hemos sido una comunidad muy unida, en la que el problema de uno era el problema de todos. Es por eso que hasta hoy, 24 años después de que iniciamos la guardería, los que fueron mis alumnos me abrazan donde me encuentran, me agradecen y siempre me tienen presente, me visitan y se preocupan de que yo esté bien*", confiesa María Victoria con orgullo.

Incluso en casos críticos, la guardería y el grupo de padres y madres constituido a su alrededor supieron responder a la altura de los desafíos. "*En este tiempo hemos recibido con el corazón abierto a niños con discapacidad, autistas, con Síndrome de Down, niños sordomudos, incluso tuvimos una niña con leucemia a la que varias veces acompañamos a Solca cuando su mamá no podía llevarla*", aseguran.

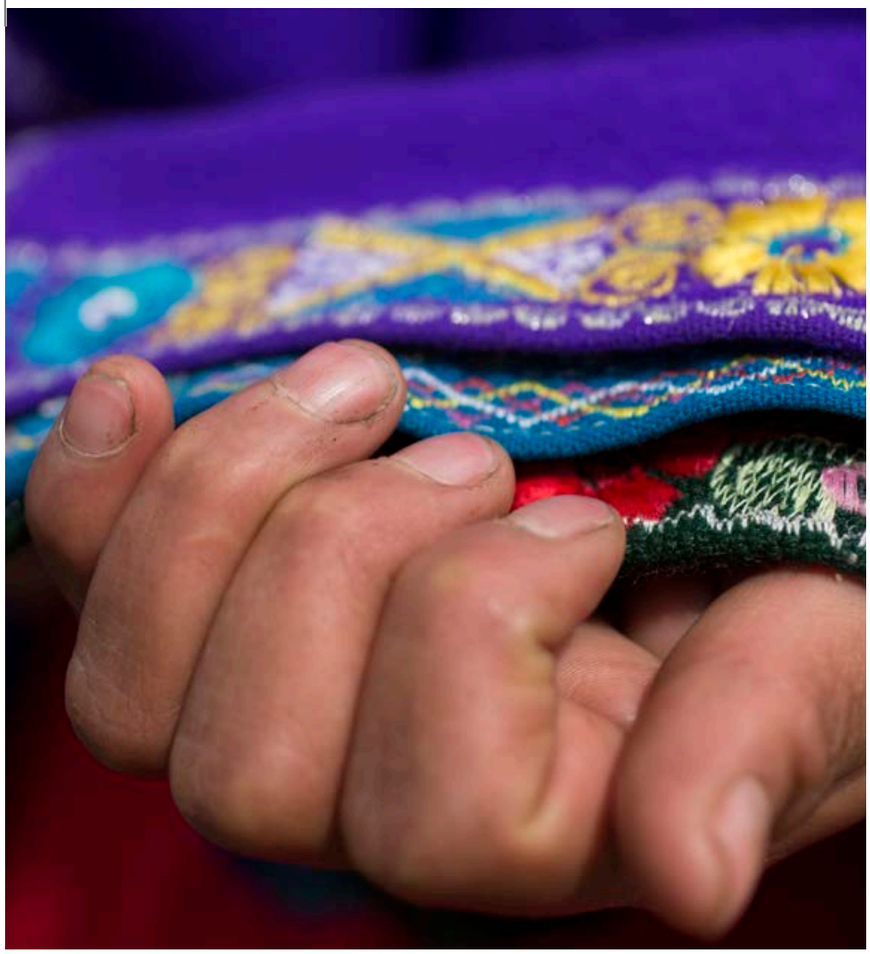
Este grupo de moradores comprometidos se considera miembro activo de su comunidad, piezas dentro del rompecabezas de la participación que ha llevado a Mapasingue a superar la adversidad y el abandono. Su mirada franca, su sonrisa gentil y su paso ágil parecen resumir el espíritu de solidaridad y perseverancia en el que se han forjado. "*Yo pienso que el afecto es el que lo ha logrado todo, porque con amor se logra todo*", concluye una de ellas antes de alejarse con sus compañeros por la calzada principal del barrio, bajo la cual corre silencioso el recolector de aguas lluvia. (LMA)

LEGADO MONSEÑOR LEONIDAS PROAÑO

Esta es una historia de lucha que aún no termina pero que viene a arrancarle la pesada careta a esa historia oprobiosa y humillante que había hecho creer a los indígenas que "*las cosas eran así*" y que nada podían hacer para cambiarlas.

Monseñor Leonidas Proaño lo tuvo muy claro desde el principio: los indígenas, esos hombres y mujeres hijos de la Paccha Mama que fueron despojados de la tierra que heredaron de sus ancestros, no podían conocer a ningún dios sin que antes sus derechos y dignidad como seres humanos no fueran reconquistados, revividos. Esas enseñanzas humanistas acerca del derecho a recuperar la dignidad, del derecho a expresarnos, a ser escuchados, de vernos como parte de esa sabia cosmogonía que nos concibe a cada uno de nosotros como parte de un gran Todo (y que por tanto, no podemos entendernos fuera de lo comunitario), calaron profundo en los habitantes chimboracenses. A pesar de que han transcurrido casi tres décadas de la partida del *Cura de los pobres*, este legado sigue dando sus frutos.

Sus antiguos discípulos y discípulas de Riobamba, hoy líderes incansables, llenos de lucidez y con hambre de lucha, decidieron unir fuerzas y crear una comunidad dentro de su parroquia eclesial, a partir del trabajo colectivo. Dispuestos a darlo todo, cinco como un puño, hasta este día continúan con la convicción de que están llamados a cosas muy grandes, y por lo tanto, a ser gestores de sus propios destinos.



Esta misma convicción tomó alas y no solo se posó en la ciudad, sino también en la zona rural, en donde Monseñor Proaño especialmente caminó y sirvió de inspiración. En este caso, las comunidades de Totoras y Achupallas. Ahí, donde hasta hace apenas unos setenta años se vivían escenas tremendamente infames y vergonzosas, como si fueran las páginas de opresión descritas en *Huasipungo*, las cicatrices -que fueron muchas y que tomarán un buen tiempo hasta que sanen del todo- han decidido no paralizarse en el dolor sino levantarse valerosamente para permitir el paso a la esperanza y así…

"Brotar de la tierra hijos ahora sean conscientes de que todos y cada uno de ellos tienen derechos, así sean guaguas, taitas, mamas, ancianitas o ancianitos…

"Parir mujeres que ya no tengan temor de hablar, ni ser calladas o subestimadas por los mismos hombres, sino que más bien aprovechen todo su bagaje de experiencia y conocimientos para los desafíos actuales". ¡Precisamente por eso, lograron crear una caja de ahorros para microempresas!…

"Estar atentos y vigilantes para que en las escuelas y colegios no falte una educación de calidad y dignidad…"

"Enseñar a los más jóvenes el valor del compromiso y el orgullo de sus orígenes…"

"Hacer escuchar su voz desde la oficina alcaldes hasta el despacho del Palacio de Carondelet…"

"Y un etcétera que no tendrá fin mientras abracen la participación ciudadana…"

Hijos espirituales de Monseñor Proaño, ustedes han despertado. La participación ciudadana ha cambiado su rostro. Y lo cambiará mucho más mientras tengan presente que es un derecho inalienable, que está y siempre estuvo en su interior -aunque antes les estuvo velado, oculto- y que no tienen que pedir permiso a nadie para cambiar su destino.

Hijos espirituales de Monseñor Proaño, no se detengan: sin participación no hay democracia.

Hijos espirituales de Monseñor Proaño, jamás de los jamases, pierdan la unidad… (MACH)

UNA SALUD TAN FUERTE COMO EL BEJUCO

Son las 04h12. Falta un poco menos de dos horas para que salga el sol y apenas unos cuantos gallos, los más madrugadores, han empezado a cantar. A pesar de que aún no ha amanecido, el verdor de las plantaciones se impone y reina en el horizonte hasta donde llega la vista. Como si las pepas de cacao, los racimos de verde, los granos decafé y la voluptuosidad de la papaya fueran capaces de germinar desde ahí hasta los confines de la Tierra. La verdad sea dicha-porque en el campo solo hay lugar para la verdad-, no todo el mundo tiene el privilegio de contar con una tierra tan fértil como la de este pequeñogran enclavemanabita localizado en la parroquia Santa Rita del cantón Chone. Así como tampoco cualquier provincia tiene el privilegio de contar con una comunidad tan integrada y saludable como Bejuco de Hacha. Uno de sus líderes, don Ramón Moreira, da fe de esto.

A esa misma hora de la madrugada, una camioneta con balde de madera lleva todos los productos de la cosecha y atraviesa la carretera. Empieza su periplo hacia el mercado de Chone. Le queda todavía un buen camino pero no se detiene. En el campo, a quien se duerme no solo se lo lleva la corriente, sino que tampoco puede llevar a cabo la conquista de sus derechos. Ni siquiera, en este caso, uno de los más elementales, pero que hasta hace no muchos años el solo hecho de plantearlo habría sonado tan fantasioso como la historia del *Tintín*: el derecho a la salud.

Todos los habitantes de Bejuco de Hacha están afiliados al Seguro Social Campesino desde la época de los dispensarios médicos rurales que apenas servían para atender heridas de arma blanca o para suministrar antiofídicos. Bejuco de Hacha ahora cuenta con un sitio donde, además de las atenciones ambulatorias, se realizan tratamientos preventivos. De este modo, don Ramón, que es un fanático del verde asado, la gallina pata amarilla y otros manjares de la comida manaba, puede hacerse chequeos para ver cómo va su hígado y para controlar su presión arterial, los triglicéridos o el nivel de azúcar en la sangre.

Las distancias también son un asunto muy importante. El centro de salud de la parroquia Santa Rita queda a 12 kilómetros de Bejuco de hacha, mientras que la casa de Ramón y el dispensario de su comunidad están separados por apenas tres kilómetros. Para un citadino, que se transporta en automóvil, quizá no sea gran cosa, pero para Ramón y toda su gente, que han vivido las crudezas de cada temporada de lluvias, cinco minutos en un camino vecinal pueden marcar la diferencia entre salvarse o perderlo todo. Incluso la vida.

La camioneta repleta de frutas y hortalizas continúa su marcha. Aún le falta para llegar a Chone, pero el camino recorrido hasta el momento ha sido largo. Doña Josefina, la madre de los jóvenes que conducen la camioneta lo sabe bien; ella misma los despide con una bendición antes de que partan, y luego algo dentro de ella le dice que la venta será igual a la cosecha: abundante. Momentos después, ella se sirve su buen verde bañado en sal prieta y acompañado de café pasado. Cierra los ojos y olfatea la taza humeante… ¡Todos en Bejuco de Hacha han conquistado el buen vivir a través del buen comer! Cuando termina, se cepilla los dientes, se enjuaga y sonríe orgullosa ante el espejo. No es para menos: en un detalle tan pequeño como una sonrisa se refleja un último y gran logro obtenido gracias a la participación ciudadana.

Gracias a la organización comunitaria, a que presionaron y perseveraron ante las autoridades locales del IESS y del Gobierno central, las habitantes y los habitantes de Bejuco de Hacha ahora pueden tener atención odontológica especializada dentro de su mismo dispensario. Eso ha significado para ellas y ellos un cambio muy importante. Un antes y un después. Un "*yo soy importante, yo cuento, yo también me lo merezco*".

"De Charapotó sale el mejor arroz del Ecuador". Cuenta Jacinto Murillo, recolector de la zona ubicada en el cantón Sucre. Años atrás no pensaban jamás en tener intervención médica de emergencia en un sector en el que están expuestos a peligros como la picadura de culebra, intoxicaciones estomacales, infecciones de la piel y hasta gangrenas entre otras situaciones imprevistas que requieren atención inmediata. Ahora muy cerca, en Pasadero está el centro de salud que atiende hasta 40 citas de medicina general diarias, emergencias varias, control prenatal y hasta 14 pacientes de odontología cada jornada. Para Jacinto, el tener Seguro Social Campesino para él y su familia constituye un logro no regalado, es el resultado de una lucha que representa una conquista laboral para todos los campesinos y las campesinas del sector que gracias a su buena salud seguirán con las fuerzas para lograr sus objetivos.

Doña Josefina mira el reloj y sabe que, para ese momento, la camioneta ya habrá desembarcado toda su carga y que Chone y sus alrededores se alimentarán con lo que su comuna ha producido…Otro motivo para sonreír.

Sin embargo, ellos y ellas, don Ramón y don Jacinto, todo Bejuco de Hacha y Pasadero de Charapotó, saben que aún faltan cosas por lograr: que los dispensarios perduren en el tiempo, que haya una mejor dotación de medicinas, que haya médicos permanentemente; y que el gobierno, que también conoce la situación, siga teniéndolos en cuenta, porque ellos se la harán presente las veces que sea necesario. No será la primera vez que esta valerosa provincia protagonice una revolución. (MACH)

LOS SISMOS DE LA ORGANIZACION SOCIAL

"Desde distintos lugares hemos
llegado hasta aquí, Costa, Sierra y Oriente, con
un puño vamos ya,

pasito a paso el pueblo en acción
nos irá llevando hacia
la organización…"

El 5 de marzo de 1987, el Ecuador fue remecido por dos fuertes sismos. El epicentro fue en la provincia de Sucumbíos y produjo un millar de muertos y unos mil millones de dólares en daños materiales, producto de derrumbes, deslaves y la rotura del oleoducto, que dejó a las finanzas nacionales sin su principal fuente de sustento.

Trascurría la presidencia del socialcristiano León Febres Cordero, gobernante cuyos excesos completaban en desgracia una economía en recesión, sostenida apenas por paquetazos al bolsillo ciudadano, alzas en el precio de los combustibles, devaluaciones siempre convenientes al poder empresarial y coerción de derechos y libertades.

Aunque sea paradójico, las zonas de explotación petrolera en nuestro país han sido, históricamente las más empobrecidas, dado que el modelo extractivista y centralista de entonces concentraba los recursos económicos en las grandes urbes y olvidaba, a propósito, a los sectores rurales, que vivían en precariedad y abandono.

La falta casi total de servicios básicos y la ausencia constante del Estado y sus instituciones, hallaban complemento en la contaminación ambiental producto de la actividad petrolera, respaldada por contratos entreguistas, falta de procedimientos técnicos y de modelos eficientes de remediación ambiental.

La provincia de Sucumbíos sufría de los males comunes de las zonas petroleras; sus pequeños centros poblados se habían formado alrededor de las compañías, sus oficinas y pozos, a los que sí llegaban carreteros y servicios. Pueblos enteros formados por migrantes atraídos desde la Sierra y la Costa por el espejismo de la actividad extractiva, desarraigados unos y con familias disociadas otros; confinados a vivir sin más espacio para el ocio que el consumo fácil, donde abundaba la violencia, la prostitución, el excesivo consumo de alcohol y la ley del más fuerte. Con un ingrediente adicional: Sucumbíos es una provincia fronteriza con Colombia, que ha sufrido también la influencia del conflicto armado de ese país.

La lógica perversa que reinaba en la zona se replicaba, como ocurre hasta hoy, en el ámbito doméstico, produciendo a su vez niveles altísimos de violencia intrafamiliar y abandonos de hogar que trajeron consigo más precarización y conflicto en la vida de las personas. Mujeres abandonadas, golpeadas, atemorizadas; niños sin soporte familiar ni espacios adecuados para su educación y recreación.

Y claro, con todos los indicadores sociales en rojo, los sismos de 1987 agravaron aún más la situación de miles de familias que quedaron sin hogar y sin empleo: la realidad se volvía insostenible.

Pero ahí, donde la mayoría vio solo un desastre natural, hay quienes vieron una oportunidad de transformación social, el inicio de un sueño colectivo que no ha dejado de crecer en pos de soterrar un paradigma caduco y reemplazarlo por otro, en el que prime la igualdad, la solidaridad y el desarrollo: la Federación de Mujeres de Sucumbíos, FMS.

La FMS fue el resultado de la acción conjunta de varias organizaciones de base que se unieron para exigir al gobierno de turno que se ocupara de los damnificados de los sismos y direccionara hacia Sucumbíos proyectos de desarrollo que contribuyeran a mejorar la calidad de vida y la dotación de servicios básicos, aunque para ello tuvieran que paralizar la provincia.

"Para el Estado, Sucumbíos no existía, solo existía para sacar el dinero, la riqueza, el petróleo pero para dar ayudas no existía, por eso nuestra consigna era 'Sucumbíos petrolera y su gente limosnera'", dice Miriam Martínez, una de las fundadoras de la Federación, víctima también de violencia intrafamiliar y que encontró, en la organización que ayudó a crear, el apoyo que le permitiría dejar esa triste historia en el pasado y mirar hacia un futuro que creía inexistente.

Hoy, 27 años después, 'la Fede', como la llaman cariñosamente sus socias, continúa trabajando para lograr mayor equidad, oportunidades y esperanza en su sociedad, a partir del empoderamiento, la capacitación y la reivindicación de las mujeres como motores productivos, sustento afectivo saludable para sus familias y generadoras de una transformación social ineludible.

Ellas recuerdan que una de sus primeras acciones fue precisamente la toma de una válvula del oleoducto que el entonces presidente Febres Cordero iba a inaugurar luego de los sismos. Eran tiempos en los que el acceso a los centros poblados de Sucumbíos se hacía por vía aérea, no había carretera, el servicio de luz eléctrica era deficiente y se cortaba a las diez de la noche, y solo disponían de agua entubada, en el mejor de los casos. Eran tiempos también de organizar paros, de hacer caminatas hacia Quito para conseguir servicios y, sobre todo para exigir respeto por parte de los gobernantes.

Para Grimanesa Salazar, una aguerrida mujer lojana que ahora se desempeña como Secretaria General de la Federación, la motivación para llevar adelante esta iniciativa siempre fue clara: "*Basta ya de tanta injusticia, lo que me pasa a mí no quisiera que le pase a otra persona*", sostiene como premisa y añade como quien revela la clave de su éxito: "*Contamos con unas 110 organizaciones de base dentro de la provincia y tenemos unas 1500 mujeres en la actualidad trabajando por el fortalecimiento organizativo y trabajando por la erradicación de la violencia hacia las mujeres*".

Este trabajo, que ha generado un mayor remezón en la provincia que los sismos de 1987, se apoya en una realidad que parece salida de la ficción pero que es, lamentablemente, lo que se vive a diario en la región: "*Nosotras trabajamos en la erradicación de la violencia hacia las mujeres en todas sus expresiones, que es una de las problemáticas más graves que tiene esta provincia; calculamos que ocho de cada*

diez mujeres han sufrido algún tipo de violencia, ya sea física, psicológica o sexual", afirma Amparo Peñaherrera, misionera laica que llegó de su natal Ibarra hace 23 años, convencida de que era posible -y más que todo indispensable- propiciar cambios positivos para las familias sucumbenses a partir de crear nuevas condiciones de vida y suscitar procesos de participación colectiva.

Amparo está a cargo del Programa de Atención a Mujeres Sobrevivientes de Violencia, uno de los puntales de la FMS. "*El programa está dirigido a apoyar, proteger y atender a mujeres sobrevivientes de violencia, a sus hijos e hijas, que no tienen un espacio donde quedarse cuando su vida corre peligro*", explica. "*Nosotras ofrecemos una alternativa para estas personas: una casa de acogida, también conocida como Casa Amiga, en la que ofrecemos atención y protección, tanto a los niños y niñas como a las madres que vienen huyendo de esta problemática. Les damos un espacio seguro donde puedan permanecer el tiempo que necesiten, sin costo alguno, y así puedan plantearse un futuro diferente para salir adelante*".

Las casas de acogida, de las cuales hay solo cinco en el Ecuador, son refugios a los que las mujeres y sus hijos acuden cuando deben huir de sus hogares para salvar sus vidas de la violencia doméstica, son espacios de contingencia y soporte que permiten un respiro en medio de historias de vida asfixiantes, brindan soporte psicológico, médico y legal. Son, muchas veces, la única alternativa para paliar el impacto de una separación familiar o incluso para proteger a las víctimas en el proceso de alejamiento de un agresor que, de otra forma, podría seguir acechando y hasta tomar venganza por el abandono. Hablamos de casos extremos que, sin embargo, son más comunes de lo que se piensa, solo que suelen transcurrir en silencio, en complicidad con el miedo típico de los círculos de violencia.

Madres que no tienen a quién recurrir para parar maltratos y amenazas, que se sienten desprotegidas sin más opción aparente que soportar, por presión familiar o social, por necesidad económica o simplemente por obra de la manipulación y la baja autoestima.

Pero tan fundamental como acoger a las mujeres y sus hijos en situaciones de riesgo, es generarles alternativas para que puedan volver a empezar, para que sepan que existe un horizonte más allá de su experiencia de vida y puedan así proyectarse un porvenir libre de violencia. Es más, el enfoque que se maneja desde 'la Fede' es el de la prevención, a través de procesos de capacitación, dirigidos a evitar abusos y a lograr que, en consecuencia, ninguna mujer tenga que acudir a una casa de acogida.

Y si bien la situación relacionada con las violaciones a los derechos de las mujeres ha mejorado en estas casi tres décadas de trabajo, todavía queda mucho por hacer y, por eso, la FMS lleva adelante una gama de proyectos que van desde la formación de promotoras de género, con el objetivo de capacitar a mujeres líderes de las organizaciones en derechos humanos, organización popular, equidad de género, violencia y derechos económicos, pasando por una escuela de incidencia política que busca lograr que los gobiernos locales implementen programas y políticas con enfoque de género, hasta la formación de cajas de ahorro y crédito para financiar emprendimientos que permitan a las mujeres de la zona una vida más autónoma e independiente.

La red de tiendas comunitarias apostadas en la ribera del río Putumayo, el proyecto de alfabetización y educación, que ha permitido a más de 350 mujeres conseguir un título de Bachillerato y a otras 700 culminar la Educación General Básica, y la asesoría legal y jurídica que ayuda a legalizar la documentación de mujeres colombianas en condición de refugio para un ejercicio pleno de sus derechos, complementan la labor de la Federación.

Estas mujeres han comprendido que la organización es la base de cualquier transformación social. Así lo relata la antropóloga Alicia Garcés, vinculada a la FMS desde hace cuatro años: *"En la provincia, una de las lecciones que ha aprendido la gente es que sin organización y lucha permanente es muy difícil conseguir cosas"*.

"El espacio organizativo proyecta enormemente a las mujeres, porque es el espacio seguro donde pueden confiar en sí mismas, en otra mujeres, donde empieza a crecer ese espíritu solidario y humano; es ese espacio en el que las mujeres empiezan a soñar, empiezan a tener los sueños en sus propias manos, empiezan a modelar esos sueños y a proyectarse", complementa Amparo Peñaherrera.

La Federación de Mujeres de Sucumbíos, donde confluyen organizaciones de base, promotoras, voluntarias y profesionales con convicción, es un espacio de renacimiento permanente y lucha, de transformación social construido a pulso, con la tenacidad y la perseverancia que tan bien retratan a la mujer ecuatoriana, que ha decidido tomar el presente con sus propias manos para forjarse un futuro de dignidad, solidaridad y calidez.

Así lo resume el estribillo que estas valerosas mujeres corean con una sonrisa que delata la satisfacción de quien sabe que ha hecho un trabajo extraordinario:

"Desde distintos lugares hemos llegado hasta aquí,
desde distintos lugares hemos llegado hasta aquí,

Costa, Sierra y Oriente, con un puño vamos ya,
Costa, Sierra y Oriente, con un puño vamos ya,

pasito a paso el pueblo en acción
nos irá llevando hacia la organización

pasito a paso el pueblo en acción
nos irá llevando hacia la organización…"

(LMA)

FLORECIENDO EN COMUNIDAD

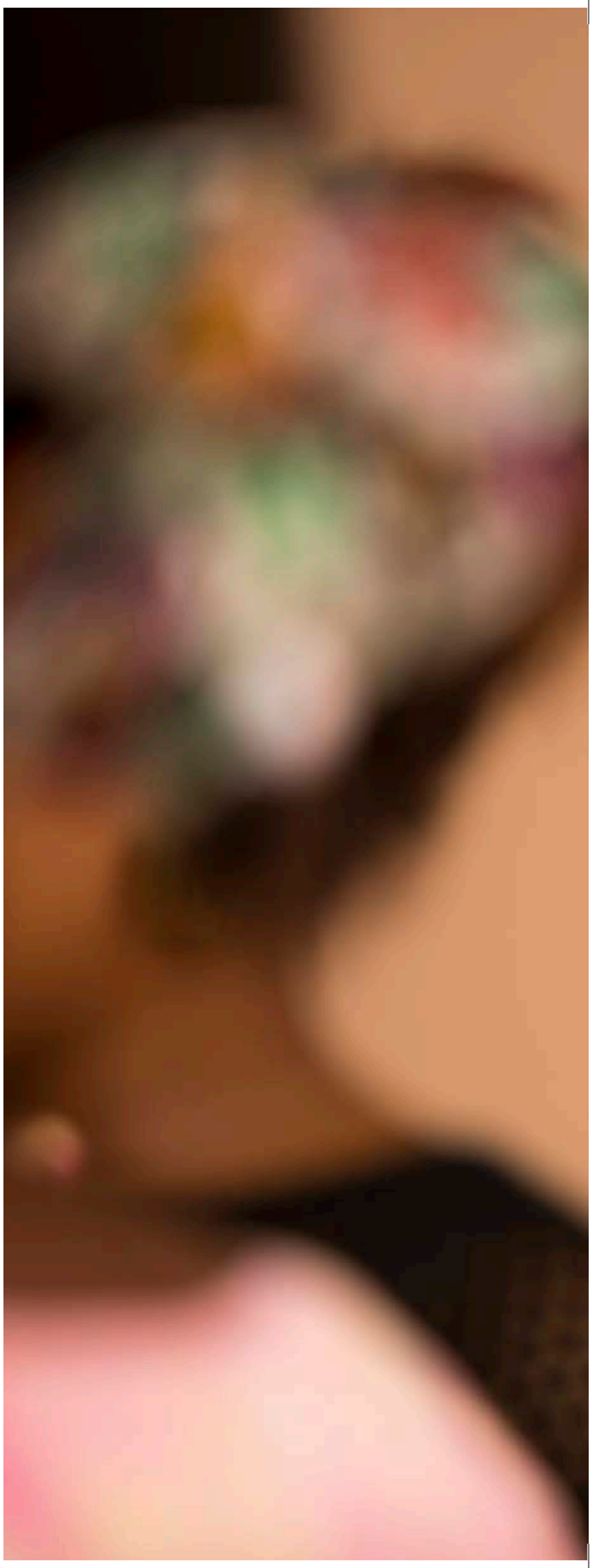
Suena la marimba y ya sabemos dónde estamos. Los sentimos en las caderas, hasta el último centímetro de nuestros huesos. Como diría el recordado hijo de esta tierra, Nelson Estupiñán Bass, estamos allá donde los guayacanes florecían. Imposible quedarnos inmóviles. Estamos en la provincia verde, la de la profunda vegetación, la de los indómitos mares que antaño trajeron a sus ancestros esclavos, y de los que hoy brotan hijos e hijas agarrados de las manos como las redes de un pescador. Estamos en la provincia que tiene el nombre de una piedra preciosa, la que, como toda piedra, es la superficie sobre la que mejor se puede esculpir la historia. Esa que perdura, esa que no se olvida.

Hoy, en este momento en que escuchamos la meliflua voz del guasá, un grupo de mujeres y hombres están cambiando la historia. Y no había pasado algo así desde la época en que las huestes alfaristas contaban entre sus tropas a los más aguerridos hijos e hijas de esta tierra.

Hoy la lucha no es con la bayoneta ni los cañones, sino contra las fuerzas opresoras de la conciencia, la falta de educación, salud y vivienda.

Por eso se unieron, por eso no se rindieron, por eso persistieron.

Un gran escollo que tuvieron que vencer en especial las mujeres de estas tierras fue el de la violencia intrafamiliar. Ha tomado mucho tiempo para que los hombres comprendan que ellas son sus compañeras en esta incesante guerra por la vida, y no sus adversarias. Pero la lucha continúa…



Otra dificultad que pudo haber hecho que se rindieran fue la falta de preparación para hablar ante un micrófono, de alzar la voz no solo para gritar sino para transmitir clara y lúcidamente las ideas. Porque las ideas son las que mueven al mundo.

Superado esto, estos hijos e hijas entraron a las entrañas de la bestia, del mal que estaba a punto de corroer el centro del saber de su provincia. Ante la crisis educativa, producto de un sinnúmero de manejos inescrupulosos de malos hijos, la Universidad Luis Vargas Torres estuvo a punto de colapsar. Bajó escaños en su calificación. Y estos hijos e hijas de Esmeraldas no podían permitir que los suyos se quedaran sin educación. ¡Eso no!

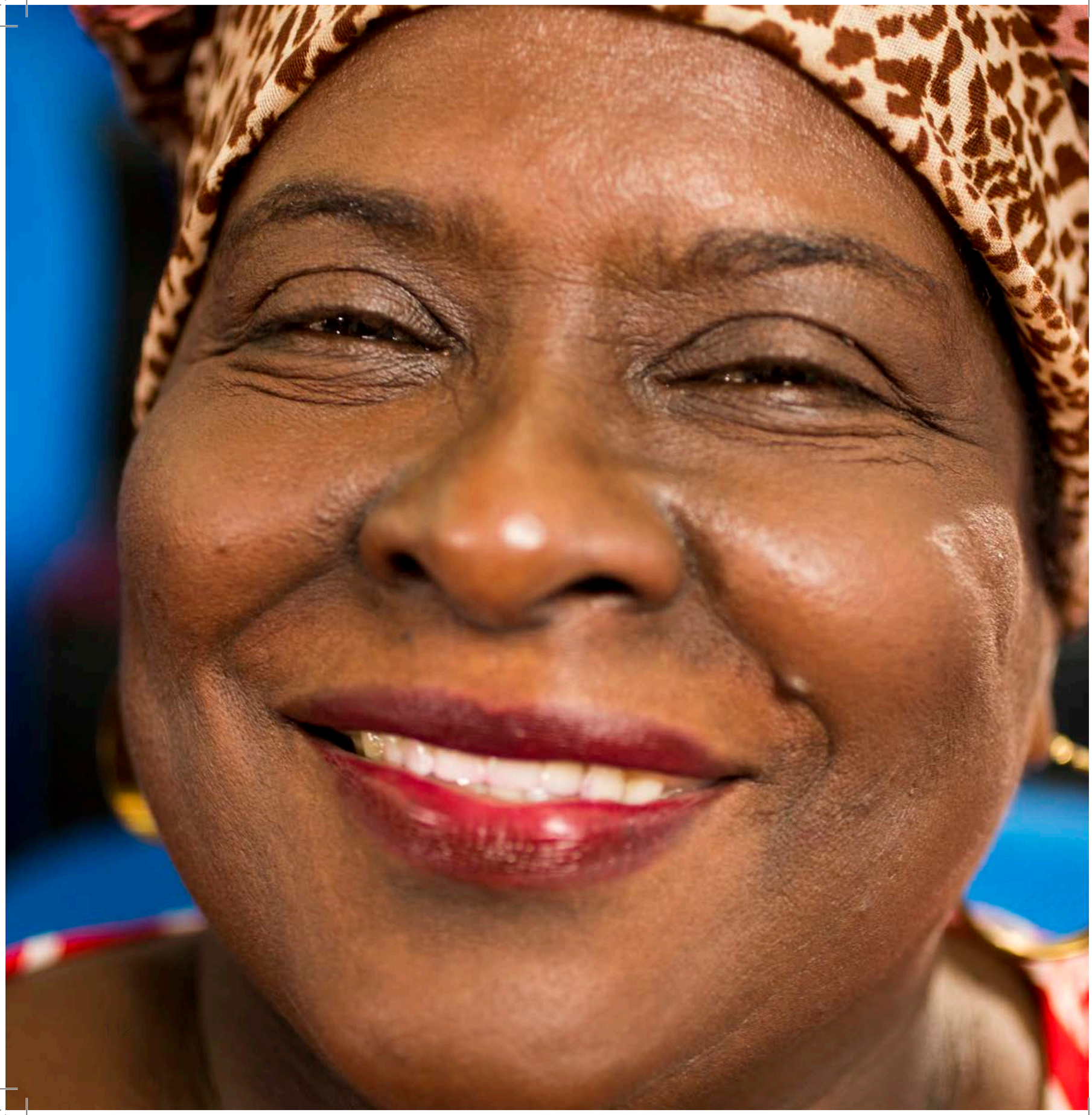
Formaron redes, federaciones. Crearon veedurías para estar atentos ante la intervención estatal de esta universidad. Para superar al maestro, tuvieron que formarse y superarse a ellos mismos, y por eso, amparados en la Constitución en las atribuciones del Poder Ciudadano se internaron realmente en las lides de la participación ciudadana. No dudaron un segundo en vigilar a la irrupción de sus interventores. No dudaron en preguntar exhaustivamente los motivos por los que la

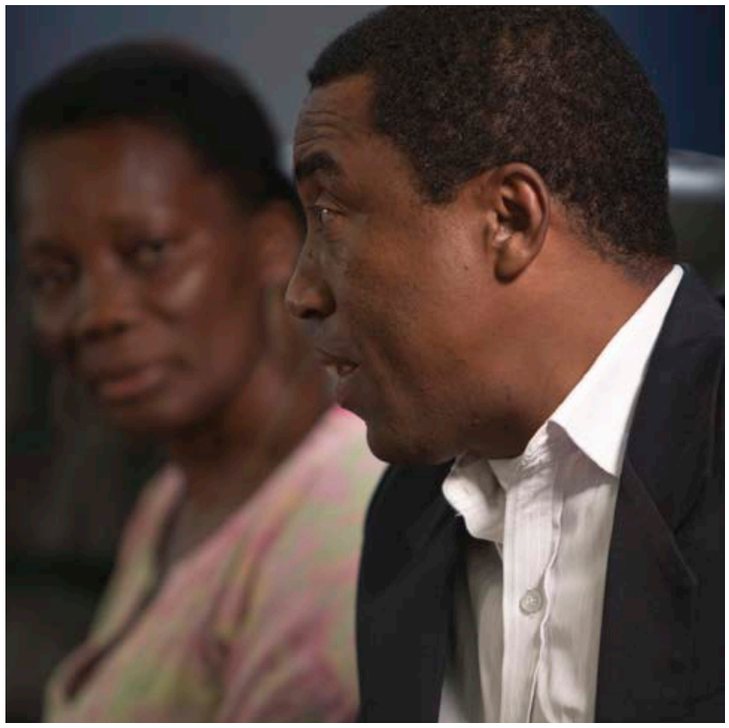
Universidad había bajado de categoría y las formas en cómo podía regresar a su sitial de excelencia. Se prepararon durante siete semanas y hoy, año y medio después, siguen tan vigilantes como siempre.

No contentos con eso, también fueron visionarios. Sabiendo *a priori* que un programa de estudios debe estar acorde a las realidades de una sociedad y, tomando en cuenta, que una provincia de mares tan ricos como Esmeraldas no era capaz de disfrutar de la misma riqueza de sus océanos, lograron que conste una materia de estudios llamada Ciencias del Mar.

Y así como el capitán no abandona su barco pese a las tempestades, estos valerosos hombres y mujeres, no piensan descansar hasta que esta Universidad llegue a buen puerto, un puerto en donde el ritmo que impere sea el respeto, la abolición del racismo, la recuperación de la autoestima. Tenemos tanto que aprender de esta tierra que vio nacer a mujeres tan valerosas como Delfina Torres de Concha, luchadora de la revolución alfarista, o a ese otro inmenso escritor, Adalberto Ortiz.

Al ritmo de una mente lúcida, abierta y llena de vida, como ese sol que abrasa imponente las playas de Súa o Mompiche, nos comprometemos a hacerlo…(MACH)





Agradecimientos

Historias de Participación Ciudadana

- Concepto original y Dirección editorial: Fabricio Terán Vélez
- Coordinación Editorial: Marcela Holguín Higuera

Un producto editorial elaborado por:
Satré Comunicación Integral

Empresa que globaliza la acción de comunicar bajo la óptica del ser humano y sus necesidades actuales de comunicación; por medio de un equipo interdisciplinario de comunicadores sociales de amplio conocimiento académico, técnico y práctico. Por ser una empresa multidisciplinaria en comunicación se divide en áreas especializadas que cuentan con personal y equipo propio para desarrollar proyectos simultáneos bajo un estricto control de calidad.

www.satre.com.ec

TEXTOS

- Miguel Antonio Chávez (Ecuador, 1979) ha publicado Círculo vicioso para principiantes (2005) y la novela La maniobra de Heimlich (2010En el año 2011 fue elegido como uno de los "25 secretos literarios de Latinoamérica" Recientemente publicó la novela "Conejo ciego en Surinam" (2013).

- Luis Monteros Arregui (Quito, 1978) es comunicador social y escritor. Ha guionizado y dirigido documentales, producido comerciales y colaborado con programas de TV y proyectos de cine. Ha publicado los libros de cuentos El ático (CCE, 1998) y Pecados de origen (El Conejo, 2009) y las novelas La balada de la casada infiel (La Palabra Editores, 2006) y Arsénico por compasión (¡A los 4 vientos!, 2014).

FOTOGRAFÍA
www.maquigrafia.com

Álvaro Avila Simpson, Quito.

Comunicador Social y MBA. Productor, escritor, fotógrafo y director de obras visuales y sonoras. Álvaro ha participado en varias exposiciones internacionales, en donde su trabajo técnico y artístico ha sido reconocido por críticos especializados en diferentes medios de comunicación tradicionales y digitales en Ecuador, Hispanoamérica y Europa.

Yolanda Escobar Jiménez Guadalajara, México, 1977.

Estudió Ciencias de la Comunicación en México y Fotoperiodismo en Argentina. Ha participado en Talleres de Fotografía con grandes fotógrafos de la escena internacional. Yolanda fue Finalista en dos Bienales de Fotografía en México y ha participado de varias exposiciones en México y Argentina.

Su trabajo es documental y busca cercanía con las personas fotografiadas. Actualmente trabaja en una revista de viajes que le ha permitido conocer profundamente la gente y cultura del Ecuador.

- Diagramación: Hermes Moreno - Carolina Díaz
- Impreso en: Offset Abad-Guayaquil Ecuador

Derechos exclusivos de Edición en Español reservados para todo el mundo
Consejo de Participación Ciudadana y Control Social

Quito: Santa Prisca 425 y Vargas, Edificio Centenario / PBX: (593-2) 3957210
(593-2) 3957210

Oficinas provinciales del CPCCS en todo el país
(direcciones disponibles en: www.cpccs.gob.ec)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito del Editor Consejo de Participación Ciudadana y Control Social.